

INTRODUCCION A LA TACTICA DEL CID

por JOSE M.^a GARATE CORDOBA

Teniente Coronel de Infantería, del Servicio Histórico Militar

LA EXTRAÑA TÁCTICA DE UN HÉROE IGNORADO

La biografía del Cid no puede ser la entrecortada y fría de la *Historia Roderici*, ni la de las crónicas árabes, ni la de las poéticas, aunque realistas, narraciones del Carmen Campidoctoris y el *Cantar de «Mío Cid»*, todas contemporáneas del héroe. Mucho menos lo sería la caprichosa mezcla de estas fuentes y otros textos fantásticos que hicieron los escritores del Rey Sabio al componer la *Crónica General*. La verdadera historia de Rodrigo Díaz está en *La España del Cid*, nacida hace treinta y tres años de un depurado estudio crítico de textos, documentos e inscripciones, que hizo D. Ramón Menéndez Pidal. Obra aceptada hoy en el mundo como definitiva para el conocimiento histórico del Campeador y de su ambiente.

A pesar de ese crédito mundial para la obra y su autor, aún hay ejemplos recientes de anteriores desorientaciones. Y no es sólo una muestra la *Historia Universal*, de Rimli, que en 1957 caía en los peores tópicos de la cidofobia (1), sino que el *Tratado de Heráldica*, al trazar hace tres años una semblanza del Cid, basada en Manuel José Quintana, recoge juicios adversos de tan antigua obra (2).

Hará más de quince años que D. Bienvenido Moreno destacaba —con mejor intención y acierto que ecuanimidad— unos párrafos de *La España del Cid*, observando muy agudamente algo que iba im-

(1) *Historia Universal Ilustrada*, dirigida por el Dr. EUGENIO-TH. RIMLI, Editorial Vergara, 1957, tomo II, pág. 94 (véase apéndice I).

(2) *Tratado de Heráldica Militar*, 1959, tomo III, págs. 162 y 163 (véase apéndice II).

plícito en el prólogo de Menéndez Pidal. Vale la pena traerlo aquí, pues en tanto tiempo nadie ha recogido la idea:

«En *La España del Cid* hay muchas referencias a las actividades bélicas del héroe... mas la faceta militar de Rodrigo no está conseguida a pesar de todo. El espíritu de milicia se ha escapado por las grietas de esta obra, a semejanza de un perfume que se evapora en un frasco mal cerrado.»

Luego denunciaba un párrafo concreto que le indignaba, hasta hacerle decir:

«El *Propósito* estampado al comienzo de *La España del Cid* muestra la pernicioso influencia del ambiente en que los estudios del autor se desarrollaron... El gran sabio español, al expresar estas ideas, resultaba una víctima más de la atmósfera *alegre y confiada*, blandamente pacifista y perversamente remarquista, dañino fruto de la postguerra del 14. El tiempo ha demostrado después la ingenuidad de tal modo de pensar» (3).

En los puntos suspensivos del texto anterior se intercalaba un párrafo del *Propósito* citado. Por sí solo justifica el comentario, y, aunque el contexto lo suaviza suficientemente, demuestra también que Menéndez Pidal no ha intentado penetrar en la faceta militar del Cid y el espíritu de milicia de sus hechos. He aquí el párrafo citado, encuadrado por el anterior y el siguiente, para reintegrarle a su verdadero sentido. El Sr. Moreno sólo comenta la parte que copiamos en letra cursiva:

«Quizá alguno piensa que tal olvido responde a que el recuerdo del Cid no es ahora de la mayor urgencia. *Las glorias militares, que antes eran preferidas de la Historia, han perdido mucho de su interés; la Historia no busca ya el preparar a los pueblos para las tradicionales guerras del odio racial, sino para los nuevos pugilatos de la cultura.* Mas, aparte de que este cambio de ideas no puede arrancar su importancia al elemento militar de la Historia, *la vida del Cid nunca tuvo como principal ese aspecto guerrero*, que alguien puede creer único en ella, y que es el único en la vida de otros héroes análogos, como por ejemplo Roldán. El Cid ofreció siempre un mayor interés humano, palpitante en su grande obra, contrariada y desagrada» (4).

(3) BIENVENIDO MORENO QUINTANA: *El Cantar de Mio Cid*. Revista de la Oficialidad de Complemento, filial de «Ejército».

(4) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *La España del Cid*. Prólogo a la primera edición, reproducido en la 5.ª, 1956, tomo I, pág. 8.

En la última parte del párrafo subrayamos por nuestra cuenta una frase donde Menéndez Pidal decide relegar a un lugar secundario el aspecto militar del Cid. Sin embargo, la fuerza del héroe le vence, lo castrense le intriga en más de una ocasión. Y esta curiosidad estalla, irreprimible, en un punto concreto de su libro:

«El juglar, más despierto para todo que el cronista latino, fija la atención en los tambores almorávides... Lo que no nos dicen ni el juglar ni el cronista es de qué modo la nueva táctica almorávide, representada por sus tambores, fue con tanta seguridad superada por Rodrigo. Los clérigos de Valencia se contentan con decir que la prodigiosa victoria del Cuarte fue obtenida con auxilio divino; pero nos quedamos sin saber qué nueva organización dio el Cid a sus haces, qué nueva evolución ideó en la carga y la tornada de los caballeros, para poder infligir a los invictos ejércitos de Yúsunf la primera y grande derrota que sufrieron en España» (5).

La pregunta constituye una réplica anticipada y oportuna a la imputación que acabamos de examinar. Es todo un desafío que espera respuesta militar.

Por esa ignorada táctica se interesaba con pasión D. Matías Martínez Burgos, el primer cidiano burgalés, incitándome a estudiarla, poco antes de su muerte.

Sin embargo, la historia militar sigue ignorando al Cid. Tal vez porque su historia definitiva, contenida en *La España del Cid*, apareció en 1929, siete años antes de nuestra Cruzada de Liberación, y apenas estaba divulgada. Alvarez Coque, en el más moderno texto, ni siquiera lo cita, y los guiones de las Academias dicen tan poco de él, que puede ser ejemplo el que escuetamente nos informaba de que «combatió al servicio de moros y gozó cierta fama de bravura». Mucho más comprensible es la desorientación de Almirante y Martín Arrúe, dada su época. El primero habla de «sus increíbles y dramáticas expediciones, imposibles de ajustar en esta narración descarnada y militar» (6). En cuanto a Martín Arrúe, todo su juicio crítico de las campañas del Cid consiste en decir: «una crónica árabe califica sus empresas guerreras de correrías atrevidas, rápidas como el relámpago y abrasadoras como el rayo». Y no es poco, para lo que entonces podía esperarse (7).

(5) *Ibid.* Tomo I, pág. 510.

(6) GENERAL ALMIRANTE: *Historia Militar* (véase apéndice III).

(7) MARTÍN ARRÚE: *Historia Militar* (véase apéndice IV).

No deja de ser curioso el contraste de lo anterior con el reciente canto cidiano publicado en Hispanoamérica (8).

La simple lectura de *La España del Cid*, complementada con interesantes trabajos posteriores, no muchos, nos hacen ver que la Historia Militar debe a Rodrigo Díaz un importante puesto. (9).

En la medida de mis fuerzas trataré hoy de justificarlo con una primera aportación que incite, o contribuya, a llenar esa página de la táctica del Cid, que injustamente continúa en blanco en nuestra Historia Militar. Creo haber conseguido algún hallazgo y no es cosa de esperar más tiempo para darlo a conocer, pues quién sabe cuándo podrá el estudio completarse, y si no habrá otros que estén más preparados para beneficiarlo.

EL NUEVO AUTOR DEL «MÍO CID» Y SU SITUACIÓN MILITAR

No hace mucho tiempo que al examinar ciertas peculiaridades del *Cantar del Mio Cid*, resaltábamos las características del autor derivadas de su actitud hacia el héroe cantado. Ya hemos dicho que el *Mio Cid* es la última de las gestas representativas de su pueblo, que su héroe resulta así tardío. Pero es que además el autor se aparta de los cánones seguidos por los juglares. Sin duda, la personalidad viva del Campeador hería la fina sensibilidad del poeta haciéndole eminentemente verista en lo psicológico y realista en lo ambiental. Con ello el poema resulta tan original, que se anticipa a su época tanto como el héroe que canta. Gesta y héroe no son tardíos ni tempranos, rebasan el tiempo, y más que españoles, son universales, rebasan el espacio.

Insistíamos en ver una gran proximidad entre héroe y autor en el tiempo y en el espacio, en lo religioso y en lo militar, hasta pensar que el poeta pudo ser primero hombre de la mesnada y después monje. Hoy nuestras previsiones se afianzan. Porque en el único códice existente del *Mio Cid*, acaba de descubrir Menéndez Pidal la mano de dos poetas iniciales, aparte de los posteriores retoques de juglares y copistas hasta su fecha de 1307. El primitivo au-

(8) Véase apéndice V.

(9) Véase apéndice VI.

tor escribió en San Esteban de Gormaz entre los años 1103 y 1109. El segundo fue un refundidor de Medinaceli que lo amplió hacia 1140 —antigüedad que hasta hoy se dio al poema— con asonancias pobres y reiterativas en largas tiradas de versos, recurriendo a la norma de «justicia poética» usual de todo ampliador para matar a los traidores en desafío final; forzando el arte militar hacia Alvar Fáñez, repitiendo por todo el poema los breves hechos iniciales de éste, hasta hacer de él un deuteregonista al gusto de la época y acentuado con matices extremosos el nudo dramático de la «afrenta de Corpes» (10).

Este descubrimiento de un autor rigurosamente coetáneo del héroe, es muy importante para interpretar el realismo de los hechos que canta, de su «historia cantada». El da al *Mío Cid* treinta años más de antigüedad sobre la calculada y se le identifica por la mayor riqueza y variedad de su versificación, así como su composición en tiradas cortas. El poeta de Gormaz conoce, aún en lo menudo, los nombres de los hombres y las tierras, la localización de las fronteras, episodios secundarios, como la toma de los castillos de Castejón y Alcocer, o la breve estancia, sin relieve, del Cid en Barcelona.

Conoce el autor la patria chica de muchos mesnaderos, el parentesco del *Cid* con varios de ellos, los nombres de 29 personajes cristianos y 6 moros, comprobados históricamente todos menos tres de los primeros y cuatro de los últimos. Es más, conoce hasta ocho familiares de los Condes de Carrión, cosa más notable por ser de la nobleza leonesa. Junto a esta abundancia y precisión de datos, insólita en la literatura de la época, hay anacronismos y arbitrariedades poéticas, muy comprensibles en un escritor coetáneo y aún tolerables para su auditorio, que conoce los hechos. Es que el autor no pretende, ni se le exige, ser rigurosamente histórico, aunque largos pasajes tengan el valor informativo de una «historia cantada», esencial en la epopeya castellana. En sustancia, los errores del poeta de Gormaz se limita a alguna alteración del orden de los hechos, como en las dos acciones sobre Valencia o una trasposición entre la base de operaciones de Celfa y las de los Poyos de Monreal y de Cebolla. En cambio, son del refundidor de Medinaceli,

(10) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *Dos poetas en el «Cantar de Mío Cid»*. Publicado en la revista «Romanía», septiembre de 1961, París, tomo 82, cuaderno segundo.

toda una serie de imprecisiones y anacronismos, así como la mezcolanza en la conquista y el asedio de Valencia.

Del poeta de Gormaz es el plan total de la obra. Menéndez Pidal sintetiza su genialidad en que apartándose de los temas corrientes no enfocó al héroe desde sus prodigiosas conquistas, sino desde su lucha contra la invidencia de una clase social superior, llena de orgullo, prefiriendo ver su ternura familiar, su moderación como desterrado, su nobleza de ánimo incapaz de rencor, y su triunfo militar, político y social. Con ello Menéndez Pidal relega otra vez al último lugar este aspecto militar del Cid, cuando la figura guerrera del Campeador llena todo el poema con trazos vigorosos en lo psicológico y en lo épico, sin perjuicio de que la mayor novedad sea su sentido intimista, familiar y social (11). Al primitivo autor pertenecen los episodios bélicos fundamentales. Suyos son, prácticamente, todo el *Cantar del Destierro* y la mayor parte del de las *Bodas*, siendo el de *Corpes* el más recargado por la mano del refundidor, como lo prueba también el hecho de que cada cantar sea más largo que el que le precede, cuando inicialmente fueron sin duda los tres de la misma extensión.

No insiste ya Menéndez Pidal en que alguno de los autores fuera mozárabe o cristiano entre moros, juzgando por las peculiaridades del dialecto ilustrado que empleaba. En cambio, se ratifica en la idea de que el primer poeta no fuese eclesiástico, ya que su principal y casi único error en los nombres cristianos es el del Abad de Cardeña, famoso por su santidad. Sin embargo, nada sugiere sobre su posible filiación militar.

Sería importante averiguar aquí que el autor primitivo fuese un caballero de la hueste de Rodrigo y hay muchos datos que nos inclinarían a ello, como el conocimiento de la toponimia y los personajes con referencias a su solar y parentesco. Pero cualquiera de los dos poetas muestra no conocer de lo militar sino lo que en aquel tiempo sabía cualquiera que no fuese caballero. Hay un abismo entre la riqueza de pormenores teológicos y monacales frente a las imprecisiones de organización y táctica cidianas. La visión de las batallas es realista, pero completamente civil y literaria, siguiendo fórmulas francesas que se evitan en el resto del cantar (12). El au-

(11) Véase apéndice VII.

(12) Menéndez Pidal veía en 1942 que el juglar del Cid poetizó el tema cidiano

tor no pudo ser caballero, porque el juglar raramente lo era, ni sería peón porque nada destaca en sus versos de la intervención de éstos; y ni siquiera se entretiene un momento al hablarnos de los que en Valencia hizo el Cid caballeros.

Sin embargo, esto no puede ser la última palabra y vamos a examinar luego detenidamente otras posibilidades militares del primitivo poeta.

La coetaneidad de héroe y poeta es una revelación asombrosa para muchos que vislumbraron antes su posibilidad. Ella deshace la tesis de Ríos cuando en su *Historia Crítica* afirmaba que el autor del poema «no presenció los hechos que cantaba, o por no ser caballero o por ser demasiado joven», pues aunque quede en pie la primera parte de la disyuntiva, no está subordinada a la premisa que puede ser ya falsa. Con su clara intuición Menéndez Pelayo admiró en el autor «el candor de su narración, como quien canta cosas sabias y creídas de todo el mundo» (13), lo que hace suponer que eran también sabidas del poeta. Azorín ve en él, «quien ha pasado la vida en contacto con la realidad, sintiendo lo que le rodea con un profundo sentido de las cosas. Hay, más que la tierra, la vida que se observa en ella y nos hace vivir el siglo XII» (14). Si esto no asegura que el poeta presenció los hechos, al menos lo sugiere.

No puede quedar así la cita de Azorín, porque también añade que el poeta «no se deja arrebatarse por el frenesí guerrero». En esto haría falta valorar el alcance de su observación, pues en el *Cantar*

desarrollándolo al modo francés, imitando los procedimientos de poetización de los juglares franceses en algunos detalles, entre ellos ciertas fórmulas para describir batallas, aunque mantuvo su estilo y concepción de la epopeya dentro de la austeridad narrativa y de la historicidad propia de los poetas castellanos. (Vid. *Poesía juglaresca y juglares*, pág. 180, y *En torno al Poema del Cid*, 1963, págs. 24 y ss.)

Más tarde resaltaba la originalidad de la épica castellana, recordando que en el «Mío Cid» sólo había tres casos de influencia francesa. El primero las enumeraciones descriptivas con un «veriedes» —veriais— inicial en el que se encuentra la descripción bélica que comienza en el verso 726, la principal y más cuidada. Aún añade que es evidente la gran influencia de las «chansons de geste» en cantares castellanos, y así la épica francesa tiene que servir continuamente de guía para la épica española (*Los godos y la epopeya española*, pág. 75). (Véase apéndice VIII.)

(13) MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *Antología de poetas líricos castellanos*, tomo VI, pág. 271. Recogido también en *Antología de Menéndez Pelayo* de la Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1959, tomo II, pág. 416.

(14) AZORÍN: *La Cabeza de Castilla*, 1950, pág. 59.

hay matices de indudable exultación bélica, como el de aquellos personajes que una y otra vez vuelven de la batalla «con la sangre chorreando por el codo», y valdría la pena analizar aquella impresionante estrofa 36 que admira «tantas lanzas subir y bajar, tanta adarga horadar y traspasar, tanta loriga romper y desmallar, tantos pendones blancos rojos en sangre tornar», con un significativo «viérais», antepuesto a la descripción, que hace desear a los oyentes ver lo que el poeta vio o imaginó en su arte (15). Mejor acertó Milá viendo que el tono general, sosegado, familiar, cómico a veces, «rompe con energía en las descripciones de batallas» (15 bis).

Las batallas de Castejón y Alcocer, realistas en lo geográfico, denotan el conocimiento detallado de un hecho militar, algo más que creíble, verosímil, pero de tan poco relieve en la historia cidiada, que sugiere pensar en quien lo vivió de cerca.

Mientras creímos que el poeta escribió cuarenta años después de muerto el *Cid*, el *Cantar* pudo recoger en San Esteban una tradición, que sorprende por lo minuciosa, pero al ser coetáneo, es más lógico recuento de los peones, ya que allí normalmente se habla sólo de pensar que «estaba allí» cuando se dio la batalla.

Tal es nuestro punto de partida para una interpretación militar del autor del *Mío Cid* cuando revisamos el poema a la luz de su nueva antigüedad.

LOS PEONES DEL CID

No se ha hecho aún el censo de las tropas del Campeador y hacia ello vamos, partiendo del *Poema* como primera base. Pero para llegar al cálculo de los efectivos en el *Mío Cid* es indispensable un previo «caballeros», «pendones», «lanzas» u otros términos que tienen un valor colectivo, es decir, que equivalen a unidades tácticas elementales.

No se sabe gran cosa de los peones en tiempo del *Cid*. En el siglo XII ya llevaban espada, pero hasta entonces iban armados de piedras y lanzas. Su sueldo era la mitad del de los caballeros.

(15) En todas las citas del *Cantar* respetamos el texto primitivo con mínimas modernizaciones gramaticales para su más fácil comprensión por el lector medio.

(15 bis) MENÉNDEZ PIDAL: *En torno al Poema del Cid*, pág. 39.

Se ha llegado a decir que el éxito del Cid se debía al empleo de los peones en masa, y que su proporción era enorme para la que entonces solían tener con la caballería. Sin embargo, no sabemos nada concreto sobre los peones del Cid y no parece que pueda justificarse en él ese renacimiento de la infantería, al menos no hay prueba alguna.

He localizado una referencia que da bastante luz por el momento.

Cuando en el cerco de Alcocer los castellanos se aprestan a la defensa, anima el Cid a los suyos diciendo que son seiscientos y algunos más (verso 674), aquí aparece que no se omite ningún guerrero, por el interés de mostrar el mayor número posible de defensores. Se decide dar la batalla campal en lugar de defender el castillo, y sólo dos peones quedan guardando la puerta. Salen, pues, los 600 hombres. Pero en plena batalla, cuando el abanderado se mete peligrosamente en un haz de los moros, acuden todos a él

Todos fieren en el az — do está Per Vermudoz.

Trezientas lanças son, — todas tienen pendones ;

Todo esto ocurre sólo cincuenta versos más adelante del recuento anterior (verso 723). Lo cual hace pensar lógicamente que están allí los mismos caballeros que en el castillo, pues no hay noticias de que su número haya variado, y se nos dijo que salieron todos menos los dos peones de la puerta. Parece demostrarse así que contaron seiscientos hombres útiles para defender el castillo, pues lo mismo lo defienden peones que caballeros ; pero ya en la batalla campal, la cuenta se lleva sólo por pendones, lanzas o caballeros —todo es equivalente—, ya que los peones son sólo auxiliares e incluso no siguen como quisieran el avance de los caballos.

Este sencillo dato nos permite suponer que en la mentalidad del autor es normal tal proporción, única referencia que tenemos sobre el caso. Por lo menos en esta época, la organización cidiana no tenía numerosa infantería. Luego se van incorporando peones sin guardar proporción alguna, como indica la frase «no hay cuenta de las peonadas», que repite ponderativamente, dando a entender que son muchos los hombres de a pie y es posible que aumenten sin sujetarse a plantilla alguna, aunque hay quien señala la dosificación de cinco por pendón, sin que nos ofrezca seguridad de ser así en el siglo XI.

De todos modos, los peones no alcanzan la importancia que

algún historiador les ha concedido, ya que el poeta, aún siendo profano, no dejaría de traslucirlo en alguna forma si el hecho tenía resonancia y más si era una novedad.

Cuado en el Poyo de Monreal se incorporan a la hueste del Cid los doscientos caballeros que le trae Alvar Fáñez, el autor del *Cantar* aclara una vez más:

«no son en cuenta —sabet, las peonadas»

El término «peonadas» pudiera tener en sí mismo algo de ponderativo y más junto al «no son en cuenta» si se interpreta en el sentido de «incontables», aunque no parece que su intención vaya más allá de significar que no están incluidas. Pero ese visible interés del poeta en dejar bien sentada tal salvedad cada vez que la hace, como ahora, revela que se trata de excepciones a una norma general de incluir los peones, como unos guerreros más, en sus cifras de efectivos. También nos sugiere que si se les destaca es sólo por su cantidad, no por su intervención, de la que no registra un sólo dato bélico.

Ya en Valencia, hay un verso que nos recuerda esa innovación castellana de «caballeros villanos» que se remonta a tiempos de Fernán González. Cuando «dos que foron de pie —caballeros se facen», según el verso 1.213, aumentaría considerablemente el número de caballeros a costa de los peones.

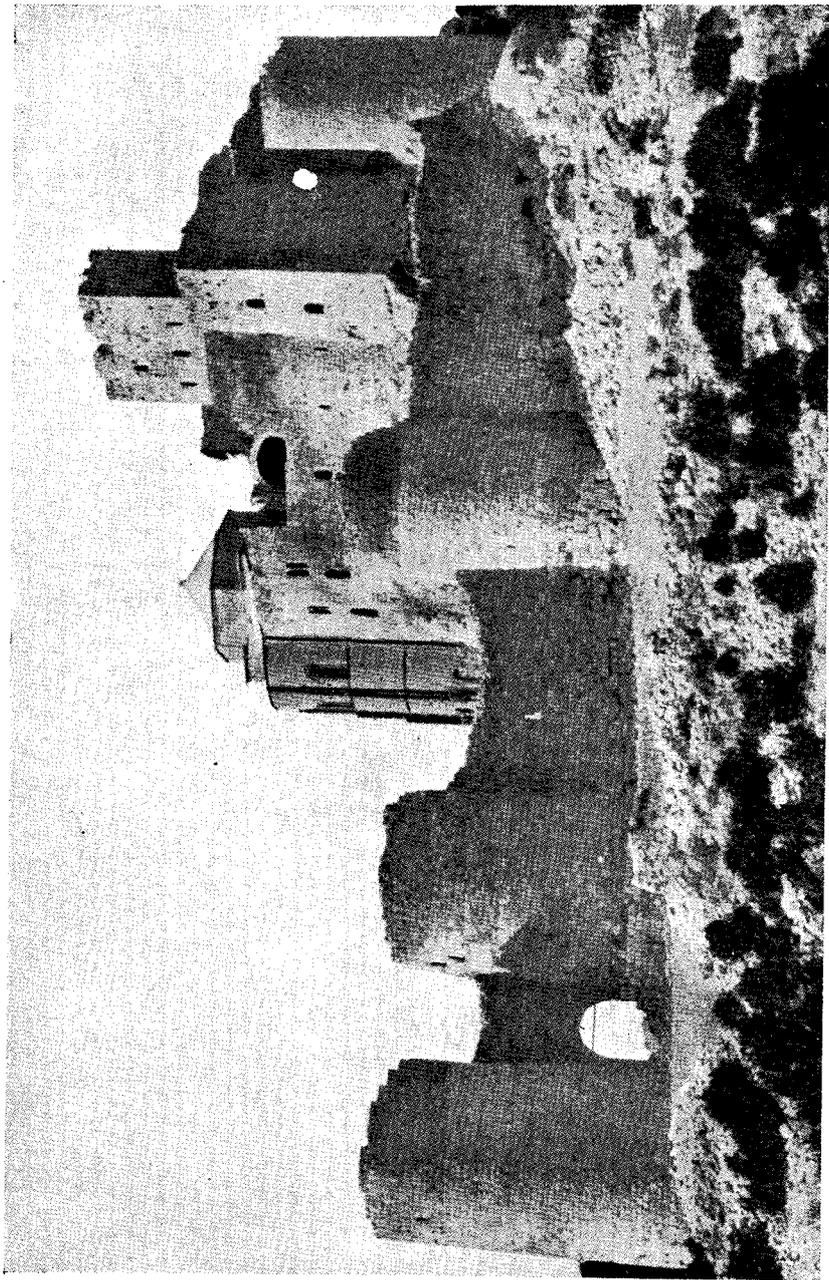
Todo ello nos dice que hasta la batalla de Alcocer el número de peones pudo ser igual al de caballeros, y que su dosificación no debió estar prefijada en plantilla alguna, pues de otro modo sería obvia esa ignorancia de las peonadas, calculables a primera vista. Posteriormente se ponderaba administrativamente su número, por lo que sin duda aumentó la proporción, que no pasaría de duplicar o triplicar el número de los caballeros.

Confirma esta última densidad de peones un dato de la *Primera Crónica General*, cuyos capítulos del Cid se escribieron hacia 1289, basados en una prosificación del *Cantar* con ciertas variaciones. Al llegar al verso 1.265 cambia el recuento de 3.600 hombres en total por el de 1.500 caballeros y 4.000 peones, lo que no llega a ser tres peones por caballero.

Sin discutir por hoy la exactitud de los datos, hay que reconocer que el cronista de cámara y sus revisores darían por normal en la época suya y en la del Cid tal proporción de peones, y no hay por qué pensar en otra mayor.



LA ARQUITECTURA RELIGIOSA EN TIEMPOS DEL CID
Sepulcros de los Reyes en la colegiata de San Isidoro, de León; siglo XI.



LA ARQUITECTURA MILITAR EN TIEMPOS DEL CID
Castillo de Loarre, Huesca; siglo XI.

Mientras no se averigüen nuevos datos, será buena base partir de esa proporción máxima de tres peones por cada caballero (16).

DE CAPITÁN A GENERAL. LOS EFECTIVOS DE LA HUESTE CIDIANA

Era imprescindible ese cálculo previo de la dosificación de peones en la hueste cidiana para llegar a una valoración de efectivos en el *Cantar*. Si hasta ahora no hemos encontrado una proporción fija, es porque seguramente no existía. Tampoco importa demasiado el no haber podido encontrar su número concreto en un momento cualquiera, pues para nuestros cálculos son suficientes esos términos límite de uno a tres por caballero, ya que sólo en una pequeña parte puede afectar a nuestras cuentas, como ahora veremos.

Los efectivos de la hueste cidiana. He aquí un punto interesante y difícil. El profano, después de ver al Cid en una película de pretensiones realistas, aún no sabe bien si fue un capitán o un general. Para ello es necesario responder a la pregunta: ¿Cuántos hombres mandaba el Cid Campeador?

Seguramente sólo el *Cantar* señala paso a paso el crecimiento de las mesnadas. Por eso es primordial este recuento. El *Mío Cid* presenta al héroe acampado en la glera de Burgos con sesenta peñones, que representan sesenta caballeros, a los que se unen 115 más en San Pedro de Cardeña. Al trasponer la frontera de Castilla —agotándose el plazo del destierro— el Campeador manda contar su gente, «mandó ver sus yentes» y son 300 lanzas, «que todas tienen peñones» sin incluir en ese número «las peonadas». Son los mismos caballeros que en Castejón, se dividen en una avanzada de 200 y una zaga de 100, los peones aparte. Cuando les cercan los moros en Alcocer son ya 600 y algunos más, según comunica el Cid a su consejo de guerra. Cincuenta versos más adelante encontramos la anomalía de ser trescientas lanzas, que ya hemos estudiado. No señala el poeta más variaciones hasta el refuerzo de los 200 caballeros que trae de Burgos Alvar Fáñez.

Conquistada ya Valencia, hay un momento en que el Campeador

(16) En vez de los 3.600 hombres que recuenta el *Cantar*, la Primera Crónica General dice que Minaya y Bermudoz al contar el total de la gente «fallaron allí mil caballeros de linaje, et de otros quinientos a caballo, et quatro mill omnes a pié». El dato ofrece pocas garantías por corregir dos siglos después a un poeta fan realista.

quiere saber el censo de «los que allí están y con él ganaron algo». Va a ponerlos por escrito para ver si alguno se esconde o ha desaparecido. El poeta se detiene en acto tan sencillo por algún interés personal en narrarlo, y el momento, inmediato a la conquista, reviste cierta emoción y solemnidad en medio de su simpleza estadística. Mandó reunir a todos en su puesto de mando y «cuando los falló, por cuenta fizolos nombrar». No hay duda de que en el patio donde Minaya junta a todos y los nombra, está la totalidad de los hombres del Cid, pero si la hubiera, la disiparía por completo la alegría del héroe al conocer su número (v. 1265):

tres mill e seys çientos — avie mio Cid el de Bivar ;
alégrasle el coraçon — e tornós a sonrrisar.

Aunque estos versos corresponden a tiradas que Menéndez Pidal atribuye al refundidor de Medinaceli, creemos firmemente que son del primitivo poeta, el de los alardes realistas. El ilustre biógrafo cidiano no se ha detenido a contrastar estas precisiones militares, pero el segundo censo responde a una preocupación verista, tanto o más que el de la tirada 21, que justamente adjudica al poeta de Gormaz. Ello no impide que esté añadida la figura de Minaya, lejos del Cid desde mucho tiempo antes, por interés del segundo autor en presentarlo como deuteragonista (17). A éstos hay que agregar los 65 caballeros con sus peones que se le unieron a Minaya en Burgos (v. 1419).

Por fin, en la batalla del Cuarte están los mayores efectivos que señala el *Poema* a la hueste del Cid (v. 1717):

cuatro mill menos treinta — con mio Cid van a cabo,
a los çinquenta mill — vanlos ferir de grado ;
Alvar Alvaroz e Minaya — entráronles del otro cabo.

Hay, pues, un ala de 3.970 hombres que ataca a las órdenes directas del Cid. La otra cuyo volumen no se refleja ahora debiera ser el pequeño cuerpo de 130 caballeros que Minaya solicitó poco antes. La falta de detalles sobre lo que Minaya se proponía, impide saber si su acción sería con caballeros solos o también con peones. En el primer caso el total de efectivos cidianos sería de 4.100; en el segun-

(17) Véase apéndice IX.

do llegaría a lo más a unos 4.500 hombres. Pese a que el Cid accede «de buena voluntad» a la propuesta, no se refleja bien en los versos anteriores esa desigualdad de las alas. Teniendo en cuenta que las acciones de Minaya, siempre iguales, denotan repeticiones del refundidor, bien pudiera ser este dato de los 130 caballeros una añadidura suya sobre un texto inicial en que el poeta de Gormaz presentase dos cuerpos equivalentes en número, con lo que la batalla sería de doble envolvimiento, como arriba parece reflejarse, coincidiendo el documentado poeta con las crónicas árabes que atribuyen la victoria cristiana precisamente a la división de la hueste en dos partes, lógicamente de entidad parecida. Refuerzan nuestra idea los versos 2.347 y siguientes, donde se dice que muchos de aquellos soldados eran «recién llegados», lo que hace suponer que para ser *muchos*, serían más de los 500, que supone la diferencia con los 3.600 del último recuento. Era del dominio público y es histórico que los bandos del Cid para tomar Valencia atrajeron gran recluta de toda la región (17 bis).

Con dos alas iguales sumaría la hueste del Cid cerca de 8.000 hombres, lo que cuadra bien con datos cronísticos de la época. En la *Historia Roderici* encontramos que el Cid sale por segunda vez de Castilla con 7.000 hombres de todas las armas —Pascua de Pentecostés, 20 de mayo de 1089— con los que atraviesa el Duero y Zaragoza, llegando hasta Albarracín para plantar sus tiendas en Calamocha y luchar en el Poyo. El último dato sobre efectivos en el Cuarte es de fuente musulmana. Nos dice Ben Alcama que en el cerco de Valencia —1093— los moros partidarios del Cid quisieron desanimar a Abu Beker de socorrer a la ciudad, para lo cual le informaron falsamente que el Campeador tenía en ella 8.000 caballeros cubiertos de hierro de los mejores guerreros del mundo, dato que nos sirve para conjeturar que si el Cid nunca tuvo tanto caballero lorigado, bien pudo aumentar su hueste de 7.000 hombres hasta 8.000 en los cuatro años transcurridos, a pesar de los licenciamientos valencianos. En todo caso esta hueste, que se enfrentó con los 50.000 moros en el Cuarte, sería el mayor ejército cidiano.

En cuanto a los efectivos de los moros en el Cuarte, comprobamos que su número es el mismo que figura en la *Primera Crónica General*, lo cual no aclara mucho, pues aunque se basa en numerosas fuentes, el *Cantar* es una de las preferidas. La *Historia Rode-*

(17 bis) Véase apéndice X.

rici pone 150.000 moros. Algún historiador admite este número, advirtiendo que se incluirán en él las familias que acompañaban a los guerreros, como lo prueba el hecho de haber mujeres y niños entre los prisioneros, y lo sugieren esas 50.000 tiendas grandes de que habla el *Poema*. Menéndez Pidal piensa que la C. inicial de la cantidad romana puede ser abreviatura de «circa», o sea «cerca de», como indica su escritura un poco separada de las otras letras, en cuyo caso debe leerse «cerca de 50.000» guerreros, en coincidencia con la *Roderici* y el *Cantar* (18). Así se compende la seguridad con que el poeta afirma o aproxima todos sus datos numéricos.

Aclarará lo dicho, un cuadro del progresivo aumento de la hueste:

Efectivos cidianos en el Cantar

Versos	Efectivos	Total
16	60 pendones	60 pendones
291	111 caballeros	175 pendones
419	300 lanzas en censo	300 pendones
674	600 hombres en censo	600 hombres
915	200 caballeros y los peones	800 hombres y más
1265	3.600 hombres	3.600 hombres
1419	65 caballos y los peones	3.665 hombres y más
1717	3.976 hombres	3.970 hombres
1695	130 caballeros	4.100 hombres, y acaso 390 peones más

Efectivos de los moros enemigos

Versos	Efectivos
643	3.000 y tanto más que no se pueden contar
1224	30.000 hombres
1626	50.000 hombres
1718	50.000 hombres
2313	50.000 hombres

LA POESÍA DE LOS NÚMEROS PRIMOS

Hemos tomado en cuenta los números de un poeta, porque son llamativos e infunden sensación de seriedad. Los efectivos que pre-

senta en Cuarte son de lo más extraño en la épica de aquel tiempo, donde se exageraba con colosalismo todo lo referente a las batallas, y mucho más el número de combatientes y de muertos. Lo mismo en los cantares carolingios que en los castellanos, todo se mide en miles y centenas de millar.

En el cantar de *Roland* todo es extraordinario: el rey Marsil alinea 400.000 caballos, el ruido de las tropas se oye a quince leguas, caen los infieles por miles y en tumulto, al choque mueren 7.000 enemigos. Se da el toque de avance con 7.000 clarines, se desnudan a la vez más de 100.000 espadas, el emir Baligán convoca gentes de cuarenta reinos, navegan por el Ebro 4.000 chalanas. Pronto forman 350.000 hombres con el duque de Naimón, pero los infieles de Baligán han aumentado ya a un millón y medio, agrupados en treinta cuerpos de ejército. Lloran la desgracia 100.000 caballeros y otros tantos se desmayan, después de desmayarse 20.000. La técnica del *enormismo* llega hasta estos ridículos extremos, con llantos y desmayos de sesudos varones (19).

Lo mismo ocurre en los mejores cantares castellanos. En el de los Infantes de Salas, sólo los siete hermanos matan miles de moros y mueren del cansancio consiguiente. Pero es que tanto éste como el de Fernán González pueden ser de imitación francesa, porque si la tradición oral de la *Chanson de Roland* se remonta al siglo x, nuestros poemas debieron escribirse el xi en méster de juglaría, pues la batalla de Osma se dió el 934. En el *Cantar de Fernán González*, son 50.000 legiones las que lleva Almanzor a la batalla de Carazo, aunque resulta que las fuerzas en presencia son 300 cristianos frente a 300.000 moros —uno contra mil—, no muchos versos después. En la de Hacinas, el conde castellano forma con 450 caballeros y 150.000 peones —treinta peones por cada caballero—, mientras que Almanzor llega con 30.000 caballeros lorigados, los que entonces medían la potencia de un ejército, como hoy los cohetes o submarinos atómicos.

En cambio, el autor del *Mío Cid* hace muy creíbles sus números sobrios y «picudos». Su comedimiento hace del *Poema* el menos afrancesado en todo. Números tan verosímiles atraerían al oyente

(19) DARIO FERNÁNDEZ FLÓREZ: En el *Breviario del «Mío Cid»*, 1942, hace ya un interesante estudio comparativo entre el realismo de nuestro primer poema y la desorbitada fantasía de las gestas francesas, esbozando algunas de las fronteras que aquí llevamos a sus últimas consecuencias.

de su tiempo como al lector de hoy hasta tomar los datos a pies juntillas, identificando el *Poema* con unas memorias de guerra.

El autor apenas redondea las sumas, y hay que tener en cuenta que si aun ahora se piden cien o trescientos hombres para algunos servicios, mucho más se haría entonces, cuando aún imperaban ideas decimales en la organización visigoda. Veamos lo más saliente de la comprobación:

- 1.—En San Pedro de Cardeña se agregan al Cid 115 caballeros con Martín Antolínez.
- 2.—Cuando el Cid se reconcilia con el Rey, le acompañan 15 caballeros.
- 3.—En su primera acción, el Cid derriba 15 moros. En el Cuarte derriba a 7 y mata a 3, mientras el obispo don Jerónimo mató 2 con lanza y 5 con espada.
- 4.—En el cerco de Alcocer son «seiscientos y algunos hay de más».
- 5.—Minaya suele pedir 100 y 200 caballeros para alguna celada o correría, pero en la algara de Castejón, aunque pide 200, se nos dice luego que van con él 203, y en el Cuarte pide 130, que tampoco es un número muy redondo.
- 6.—En un recuento escrito que el Cid ordena hacer, suman 3.600 hombres; tampoco se ha redondeado el número en millares.
- 7.—En Burgos se le agregan 65 caballeros.
- 8.—Finalmente, hemos visto en el Cuarte una hueste que sale a batalla con los extraños y realistas efectivos de 130 hombres con Minaya y 3.970 con el Cid —«van cuatro mil menos treinta» es buen decir poético— y del enemigo sólo escapan 104 moros.

Alguien arguye pronto que tales números bien pudieran nacer por fuerza del consonante, es decir, que sean números ripiosos; pero en el verso anterior, el más poético sin duda de los numéricos, la cantidad está formando el primer emistiquio, sin consonancia alguna, por lo tanto, y la mayor parte de los restantes no van en fin de versos, sino en el interior, donde valdría tanto treinta y seis como treinta mil para la medida de las sílabas, que, por otra parte, es muy poco regular en el *Poema*. ¿Será sólo que el autor ha buscado y ha encontrado por cierto la poesía de los números primos?

El poeta sólo redondea las cifras al decir los moros enemigos que se acercan —30.000 y 50.000— que no puede contar ni tener en su nómina; no así en los moros amigos, ni en los muertos o prisioneros. En Alcocer eran 1.300 los moros muertos. Pero hasta en esos

números redondos tiene el *Cantar* grandes visos de fidelidad, ya que la *Historia Roderici* sólo ofrece una duda de comprobación con el *Poema* y es sobre si en Cuarte serían 150.000 los enemigos, error de lectura de la crónica, según hemos visto.

Hay pues en el *Mío Cid* algo más que una caprichosa poesía de los números, preferentemente primos o picudos, porque también son exactos los números redondos. Muestra el poeta una marcada tendencia a la precisión numérica, a la contabilidad y estadística; un afán por la puntualidad de datos, innecesaria en obras poéticas, de no ser reales, que parece querer hacer de su *Poema* una «historia cantada», tal vez por hábito profesional de quien tuvo relación con los recuentos de tropas y repartos de botín, con la administración y contabilidad cidianas.

Aún hay otro dato que refuerza nuestra tesis, aunque Menéndez Pidal sólo lo anota como muestra de verismo: después de la batalla del Cuarte dice el *Cantar* que el Cid envió al Rey un presente de 200 caballos, aunque Alfonso no llegó a la batalla. El poeta no explica el por qué del regalo y el número, pero es exactamente «la redroquinta», la segunda quinta del botín que en la legislación de los repartos se pagaba a un segundo señor, quinta parte de los mil caballos que corresponderían al Cid como señor de la hueste, en el reparto del botín total que el *Cantar* describe (20).

De todo ello nos queda una seguridad moral de que el poeta sería algún oficial cuadrillero o veedor, algún guarda o cuadrillero de la hueste cidiana. Algo así como un oficial o suboficial de la Intendencia o la Intervención de entonces. Parece indudable, al menos, que el poeta estaba cerca de las mesnadas. Tenía noticias próximas y directas de ellas: nóminas de efectivos, relaciones de pagas y repartos, partes de operaciones o memorias de guerra, ya que según anticipamos, y veremos luego, no parece que tomó parte activa en los combates.

La rigurosa coetaneidad del autor con el héroe, ahora descubierta, hace pensar en este oficial administrativo, ya que no en un guerrero de la hueste. Sólo así se explica esa mentalidad matemática, propia de quien vive en contacto profesional con realidades numéricas, contantes y sonantes, de las que su precisión al anotar los efectivos —revolucionaria en la épica de entonces— constituye la mejor prueba.

(20) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *Miscelánea histórico literaria*, 1952, pág. 114.

EL FRAGOR DEL COMBATE

A propósito del realismo y la evidencia del *Cantar de Mio Cid* escribía Menéndez Pelayo: «Ni en las descripciones de combate, ni en el cuadro asombroso de las Cortes... se encuentra sombra de arte en el sentido retórico de la palabra» (21). Pese a ello, no vislumbramos verdadera originalidad en lo que a la descripción de batalla se refiere. Aún los matices más concretos y vívidos de los encuentros, tienen en cada expresión y en cada metáfora antecedentes juglarescos. Hay un patrón para describir el fragor de la lucha al que se ajusta el poeta, como no hizo quizá en ningún otro pasaje. Ello produce una notable similitud entre las escenas bélicas de diversos cantares españoles, explicable en cuanto siguen el canon de las «chanson» francesas. Sin duda que el de *Mio Cid* es, con mucho, el de mayor vuelo poético, pero apenas encontramos en él dos pares de figuras bélicas con visos de inspiración directa.

Ello nos afianza en la idea de que el poeta no tomó parte en la lucha. En otro caso, su exquisita sensibilidad hubiera detectado y transmitido sensaciones mucho más personales, vividas y sorprendentes, como hizo Bernal Díaz en sus impresiones de las campañas mejicanas.

Sólo como muestra de tales coincidencias vamos a comparar el fragor de combate que hay en las tres gestas españolas más antiguas y, a nuestro modo de ver, las más valiosas también. La de *Los Siete Infantes de Lara* fue escrita hacia el año 980, si bien hoy sólo quedan de ella restos poéticos manifiestos en su prosificación de la *Crónica General*. De ella partió Menéndez Pidal para reconstruir buena parte de sus estrofas, sin pretensiones arcaizantes y con la mínima alteración posible. La de Fernán González, primera muestra del mester de clerecía hacia 1250, data de un cantar inicial de juglaría escrito en el siglo XI, cuyos versos quedan aún manifiestos en algunas estrofas apenas tocadas por el clérigo refundidor. Su descripción de combates resultan intermedias, con figuras poéticas de sorprendente analogía, que pueden suponerse del cantar primitivo, aunque por lo que toca a semejanzas con el *Mio Cid* surge a veces la

(21) MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *Antología de poetas líricos castellanos*, tomo VI, pág. 123, recogido también en la *Antología de Menéndez Pelayo* de la B. A. C., tomo 2.º, pág. 411.

duda de si será éste el original de donde el refundidor de aquél copia, amplía y corrige a su gusto, y que escribe mucho más tarde. El estudio, aunque incitante, rebasa por ahora nuestros límites. En el *Cantar de Mio Cid* hay elementos muy semejantes a los anteriores, si bien se manifiestan con indudable primitivismo idiomático, a la vez que con estupenda inspiración y fuerza poética.

Casi es obvio advertir que la antigüedad del texto inicial en cada uno de los tres cantares viene a ser inversa de la redacción que hoy conocemos de ellos. Cabe suponer que sus metáforas y descripciones estarían ya en los textos iniciales, con forma primitiva que se fue retocando y puliendo más que nada en lo puramente gramatical o en interpolaciones harto patentes.

Hubiera sido muy útil presentar la correlación de versos a tres columnas, de modo que se correspondiesen los semejantes de cada cantar. Las dificultades tipográficas exigen al lector un poco de trabajo, con el que los identificará fácilmente. Veamos primero el fragor bélico en el único encuentro que contiene el cantar de *Los Infantes de Lara*, el más antiguo de los tres, aunque sea en la versión más moderna:

Allí soltaban las riendas — uno con otro van,
e las lanzas abajadas — tan fieros golpes se dan,
quebrantaron las escudos — que ninguna pro les han,
desmallaban las lorigas — como si fueran cendal.

En el *Cantar de Fernán González* veremos claramente una fórmula intermedia. Para abreviar la cita reunimos los versos aislados que coinciden con los de otros poemas y anotamos al margen el número de la estrofa a que pertenecen:

- 308 Abaxaron las lanzas e fueron a ferir.
313 Entrambos uno a otro fuertes golpes se dieron,
que los fierros de las lanzas a una parte salieron.
359 Rompia las guarniciones como si fuesen paño.
692 Facían muchos caballos sin señores salir.
- 310 No oirán otra voz sinon astas quebrar,
espadas reteñir e los yelmos cortar.
- 523 Nin lanzas nin espadas non habían vagar;
reteñen los yelmos, las espadas quebrar:

ferir en los capillos, las lorigas falsar.

90 Las tierras e los cielos semejaban movidos.

En el *Cantar de Mio Cid* hay bellos versos aislados con ardor guerrero, pero las muestras conjuntas sólo están en las tiradas 35 y 36, que corresponden al cerco de Alcocer. Al margen expresamos la numeración de los versos:

715 Embraçan los escudos — delant los coraçones,
abaxan las lanças — abueltas de los pendones,
enclinaron las caras — de suso de los arzones,
íbanlos ferir — de fuertes coraçones.

726 Veríedes tantas lanças — premer e alçar,
tanta adágara — foradar e passar,
tanta loriga — falsar e desmanchar,
tantos pendones blancos — salir bermejos en sangre,
tantos buenos caballos — sin sos dueños andar (22)

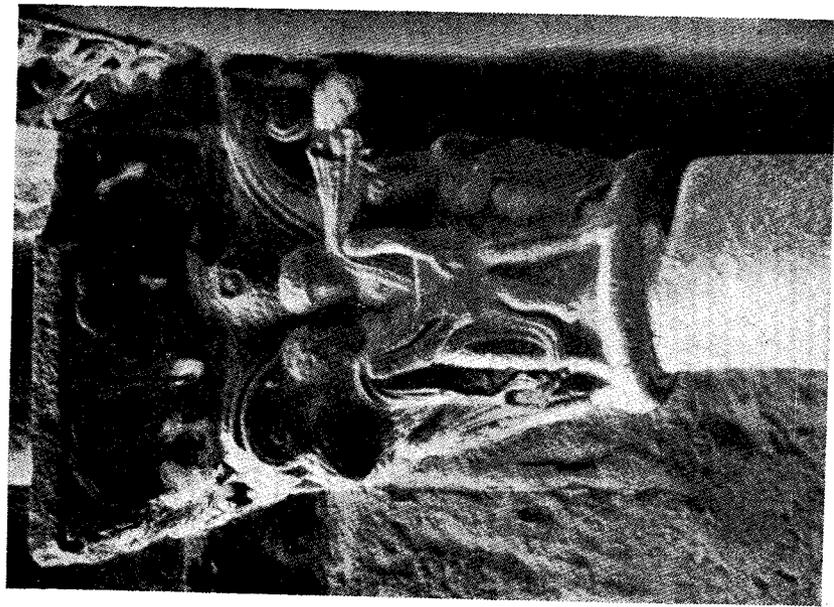
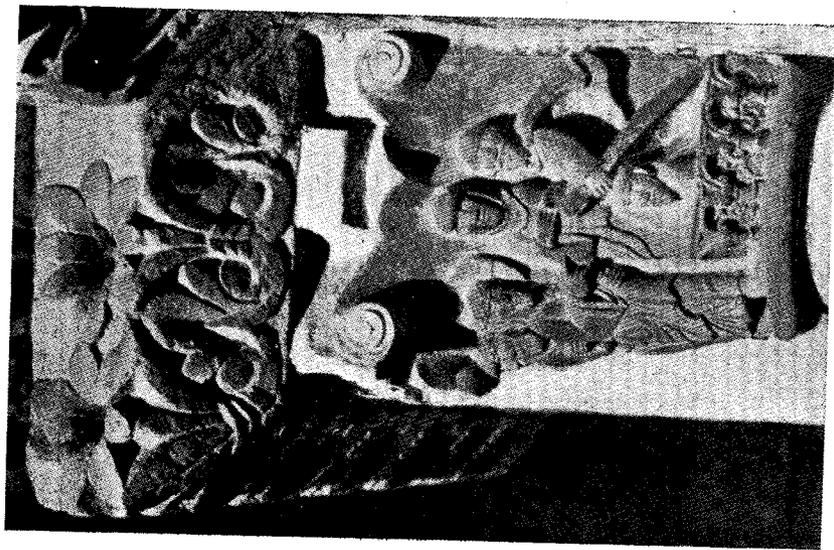
En el estudio de Menéndez Pidal quedaron ya perfectamente señaladas las estrofas que se repiten. Sin embargo, no se resalta la igualdad de las tiradas 715 y 3.615, verdadera piedra de contraste para distinguir a los dos autores. En la primera se trata de la batalla de Alcocer; en la segunda, del juicio de Dios entre seis contendientes. Sin embargo, se da por bueno para éste todo el fragor bélico de aquélla:

3.615 *Abraçan* los escudos — delant de los coraçones,
abaxan las lanças — abueltas *con* los pendones,
enclinaban las caras — *sobre* los arzones,
batían los caballos — con los espolones,
tembrar quería la tierra — dond eran movedores (23).

(22) Véase su equivalencia moderna en el folio 10.

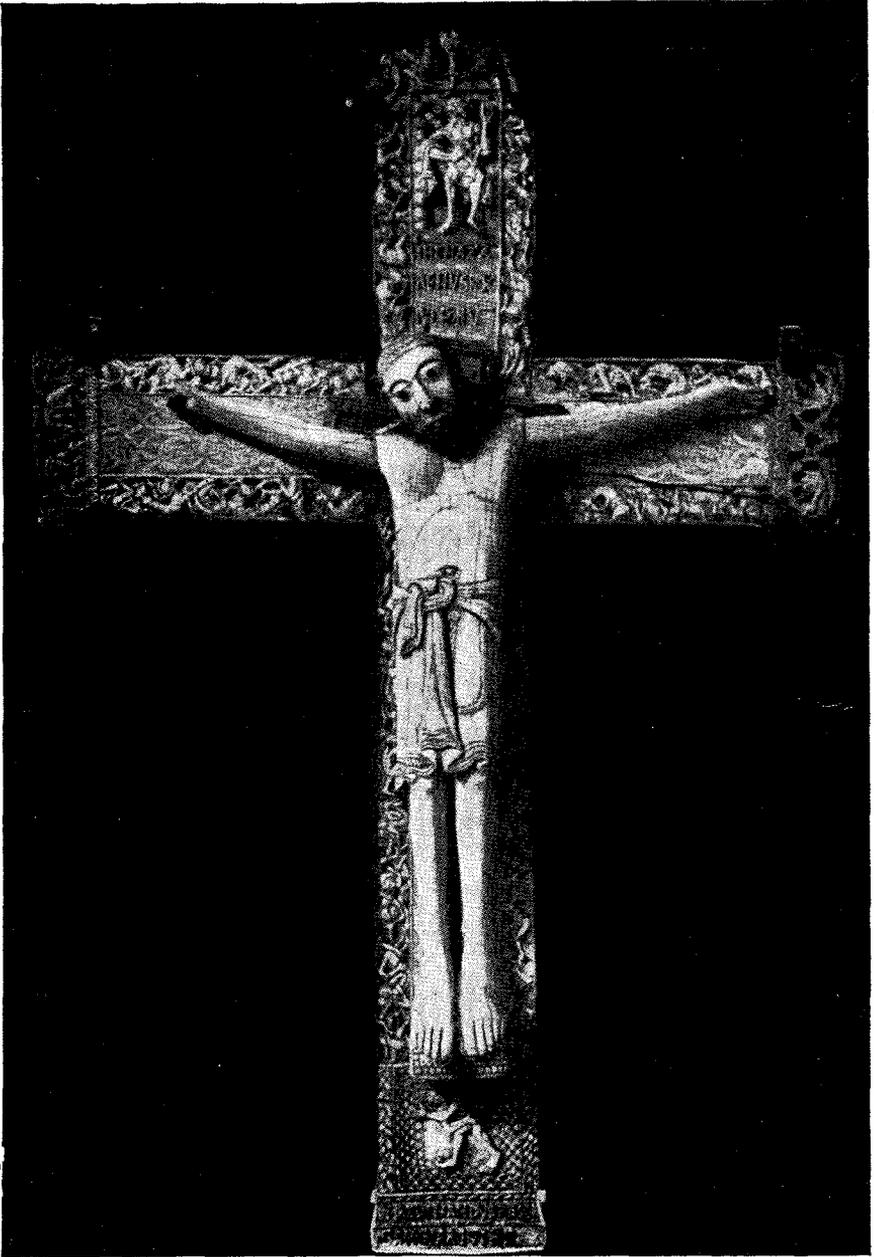
(23) Compara Menéndez Pidal este «Abaxan las lanças» de los versos 710 y 8616, repetidos en otras ocasiones, con los de estrofas 308, 491 y 694 de Fernán González: «Abaxaron las lanzas», que el poeta podía tener en los oídos como el «luego abajaban las lanzas» (primavera, núm. 60) y el «luego abajaron las lanzas» (DURÁN, *Rom. I*, págs. 230-b y 228-a).

Las coincidencias o imitaciones nos llevarían demasiado lejos. Por señalar una más que nos sale al paso, ahí está Alvar Fáñez en el verso 2450 del poema del Cid, que «el escudo trae al cuello — e todo espadado», mientras que en el de Fer-



LA ESCULTURA EN TIEMPOS DEL CÍD

A la izquierda, capitel de la capilla de los Reyes en San Isidoro, de León, hacia 1063. A la derecha, capitel de la catedral de Jaca, siglo XI.



LA IMAGINERÍA RELIGIOSA EN TIEMPOS DEL CID

Crucifijo de marfil de don Fernando y doña Sancha, que se guarda en el Museo Arqueológico, de Madrid; segunda mitad del siglo XI,

Subrayamos las cuatro palabras que el refundidor cambió por modificación del léxico en los cuarenta años transcurridos desde el primer poeta. Toda la adaptación de la batalla al duelo ha consistido en suprimir el último verso de aquella —inadecuado ahora—, supliéndolo por un nuevo pareado en cuyo final se muestra el enormismo del de Medinaceli, más próximo a los juglares vulgares que a su antecesor de Gormaz, pues cierra la estrofa con el galope de seis caballos que hacen temblar la tierra, como en el poema de *Fernán González* se imagina al enfrentarse dos ejércitos en la estrofa 90, donde «las tierras e los cielos semejabán movidos» y en la 254, «que los montes e los valles semejabán movidos». Vale la pena destacar también otra doble coincidencia del *Fernán González* con el verso 728 del *Mío Cid*: «Tantos buenos caballos —sin sus dueños andar», se parece extraordinariamente al del primero en la estrofa 692: «facian muchos caballos sin señores salir», y un poco menos al de la 539: «Salía mucho caballo vacío con su silla».

No vamos a resaltar cada una de las coincidencias, pero sí, el modo casi idéntico de arrancar los guerreros para el combate: «Abaxán las lanzas», es sin duda el término común más claro de los tres poemas, lo que indica más la realidad de una norma combativa que la inspiración literaria de unos a otros.

Tal es todo el fragor de una contienda en el cantar de *Mío Cid*, fuera de descripciones secundarias en el episodio final del Juicio de Dios. Anticipemos que las evoluciones, la maniobra, las incidencias de la batalla, se describen con tintas muy generales e incluso repitiendo clichés de una fórmula general. Aquí vemos cómo los elementos poéticos son comunes a los otros dos cantares, si bien su inspiración es mayor y mucho más delicada. Basta comparar cómo dicen, la misma idea de distinto modo, el penúltimo de los que acabamos de copiar y el último de los de *Fernán González*. En general no hay uno sólo de los del *Mío Cid* que no quede poéticamente cien codos por encima de los otros.

No podemos estudiar otras semejanzas cuya correlación es menos palpable. Dentro de esta descripción de batallas, en lo puramente literario, preciso es señalar que la petición del Alvar Fáñez: «Dadme doscientos caballeros para entrar en celada», es motivo único e insis-

nán González se nos dice que el héroe «tenía en el escudo fincado mucho cuadrillo», imagen paralela de la estrofa 487, que responde a una misma fórmula poética (véase apéndice IX).

tente en cualquier ocasión previa de una batalla. Ni lo es menos la solicitud de las primeras heridas del combate que se avecina, cuya muestra más reiterativa está en la tirada 93, donde sucesivamente piden la delantera los infantes de Carrión, Pero Bermudo, Alvar Fáñez y el obispo Don Jerónimo en las tiradas 115 y 116. Apenas hay más en cuanto a lo que es propiamente descripción del fragor del combate.

Forzoso es recapitular ahora nuestras reflexiones en relación con el apartado anterior. Sosteníamos allí que el autor del *Mío Cid* estaba relacionado con la administración y la intendencia, familiarizado con los recuentos de hombres, armas y botín, bajas y prisioneros. Lo revelan así numerosas precisiones de sus versos y lo corroboran con matiz especial sus referencias del primer recuento y su detenida descripción del segundo. Es curioso también que el poeta cuente el tiempo por semanas indefectiblemente, como hoy se hace en los modernos ejércitos y en muy pocas actividades más. Lo veíamos muy próximo a la lucha, aún sin misión en ella, de la que más de una vez sería emocionado observador. El poeta, apenas separado de los combatientes, los ve luchar entre la polvareda y volver a galope del escenario de la batalla. El recibe a los heridos y recoge las primeras impresiones, atropelladas aún por la emoción. Sus impresiones e imágenes son en su cantar más frescas, vigorosas y constantes que de otro alguno, castellano o francés, aunque no tan subjetivas como para evitar las fórmulas previstas.

EL ARTE MILITAR EN EL CANTAR DE «Mío Cid»

En el pensamiento militar de la España Medieval el feudalismo sunone sólo una débil influencia que penetra tardíamente por el Norte con la corriente europea hacia Compostela, mientras por el Sur el contacto bélico con los musulmanes crea otra corriente importante, aunque sea más cultural que militar. Lo feudal está más en el vocabulario y la forma que en la esencia y los hechos.

La visión más clara y sintética, como punto de partida, nos la da el cronicón Silense, cuando ya en 1115 dice: «La más pujante guerra contra el pujante período sarraceno sólo la podían hacer los duros caballeros de España y no los lujosos magnates de Carlomagno». Donde dice Carlomagno recuérdese el fracaso de los auxiliares europeos en tiempo de Alfonso VI —antes y después de Sagradas o Zalaca—

las expediciones con carácter de Cruzada de 1087 y 1089, caducadas precozmente en Barbastro y Tolosa, o la triste experiencia del ejército de cruzados extranjeros que abandonó la empresa de las Navas.

«En los primeros tiempos de la Edad Media —dice Spengler—, los ejércitos, que durante la época romana se habían parecido en su organización a los modernos, se convirtieron en un amasijo de caballeros andantes». Si como afirma Lot, «el arte militar experimentó con las Cruzadas un evidente progreso» (24), no cabe duda de que por encima de él hay algo nuevo en el pensamiento militar del medioevo español. Y también en la acción, que es lo que ha de seguirle para que lo militar sea tal.

En la España medieval el arte militar muestra claramente su doble influencia: La del Norte y la del Sur, la feudal y la musulmana. La primera con nobles y vasallos, con huestes y mesnadas, con caballeros, escuderos y peones. En ella destaca la pesada caballería, armada de múltiples armas, ofensivas y defensivas: una lanza, dos espadas, hacha y maza, aunque estas últimas fueron poco usadas en Castilla. La complicada y entorpecedora vestimenta dificultaba los movimientos del jinete, que además de su caballo palafreñ —corredor— llevaba otro pesado —de guerra— y aún dos de refresco a más de las acémilas de carga.

Frente a ellos, las tropas ligeras —a la jineta—, de los árabes, que muy pronto ofrecieron algo que imitar, entre otras cosas las pesadas sillas coceras por la mozarcel. Y lo mismo en la táctica, que entonces, como ahora, estaba fuertemente condicionada por el factor de las armas y el equipo.

Por eso los escuadrones feudales que describe tardíamente el infante don Juan Manuel, no son los de Pelayo, ni los del Cid, ni los de San Fernando. La guerra de éstos tiene tanto o más de correrías y alargadas que de combate a plazas y fortalezas. Es más ágil, más variada y completa, menos anquilosada. Incluso tiene menos importancia aquí, con tener mucha, el estandarte o la tienda del rey, en cuanto a la resolución de la batalla.

Todo esto no es sino trazar unas pinceladas del anticipo bélico de los españoles sobre los ejércitos feudales en lo que se refiere al

(24) LOT: *L'art militaire et les Armées au Moyen Age en Europe et le proche Orient*. París, 1946, vol. I, pág. 135.

arte militar. Si a ello unimos las características autóctonas de la montaña y la infantería en la guerra, tendremos casi completa una síntesis de peculiaridades.

ESTRATEGIA Y TÁCTICA

No es el cantar de *Mío Cid* una fuente de interés para el estudio de la estrategia cidiana. Sobre una buena base geográfica y topográfica, el capricho o la indocumentación del segundo poeta hace que estén alteradas no sólo la cronología de las campañas, sino también las líneas de invasión y algunos puntos bélicos.

Sin embargo, vale la pena señalar un momento cumbre en que el poeta destaca la inflexión de la táctica hacia la estrategia. Es cuando el Cid, dejando jalonadas de castillos sus pequeñas acciones, entra en la campaña grande, bélico-política. El momento está fijado en tiempo y en espacio dentro de un solo verso:

«Contra la mar salada comenzó a guerrear»

Coincide con el epílogo de la batalla del Pinar de Tébar, en que la *Historia Roderici* hace ver también cómo el arte militar del Cid llega a su madurez y se inicia su campaña estratégica. Nos recuerda además que acaso por las mismas fechas que el Cid, llegaban en abril a Burriana —novecientos años más tarde—, las fuerzas de Franco, bajando como él de Teruel y el Alfabra, por el Albarracín y Jérica.

Apenas hay en el cantar una sentencia de arte militar expuesta claramente: «Quien en un lugar mora, lo suyo puede menguar». No se comprometió demasiado con ello el poeta al ponerla en boca del Cid. Era norma general del desterrado Rodrigo, del campeador que guerrea a los nómadas con plena identificación de vida y de combate, superada por lo que hay en él de maniobrero siempre activo, de guerrillero ibérico. Pero la máxima no es sólo guerrillera como a primera vista pudiera parecer. Bien interpretada, es también expresión del espíritu ofensivo, clásico en todos los ejércitos, tiempos y países, que aún plasma en doctrinas vigentes la de que la mejor defensa es el ataque, la técnica del contraataque defensivo y aún ideas de guerra de movimiento en las que se condena al fracaso la repetición de maniobras infructuosas.

El autor tiene posiblemente una segunda intención de idealizar esta actitud maniobrera del Campeador para enfrentarla con los ideales sedentarios y acomodaticios, los de quienes contemporizan a costa de lo que sea con tal de no perder su descanso burgués. Sin necesidad de esta ampliación a campos menos bélicos, no hace mucho que el general Vigón incidía en el mismo orden de ideas al estereotipar los males del oficial de un solo Regimiento.

Al no haber otra máxima de guerra cívica en el *Cantar*, pudiera alguien pensar que el Cid fue nada más que un guerrillero. No sería extraño, y más si interpretaba sin cuidado unas recientes frases del capitán Liaño, donde le incluye plenamente en su importante galería guerrillera, no sin razón, al observar con agudeza que cuando azusan desde la corte al militar de formación íntegra, moral y técnica, que en él había, se hace guerrillero y guerrillea (25). Clara está la intención de proponerlo como modelo en la etapa que lo fue, pero tal exaltación se presta a que alguien piense que eso es todo en el Cid. Mucho más si se empalma la idea con la que ya anotábamos de Rimli, muy reciente también, que en su *Historia Universal* —traducida en 1957— no concede a Rodrigo otra categoría que la de «un guerrillero con éxitos resonantes, aunque pasajeros». Y se confirmaría con la fuerza de lo triangular sabiendo que un biógrafo inglés remataba su admiración diciendo a modo de alabanza: «Su verdadero lugar en la Historia es el del más grande de los guerrilleros, el perfecto tipo de guerrero que, desde Viriato hasta el Empecinado, ha sido tan frecuente en el suelo español».

El Cid fue mucho más que eso. Fue general en toda regla y ya hemos señalado algo de su estrategia, lo poco que como en táctica nos permite sintetizar el poeta del *Cantar*. Así como en estrategia se cifraba en un verso su inflexión, hemos visto en otro, la única norma táctica que recuerda a su hueste. Y eso puesta en boca del Cid por el poeta, pues no se trata de memoria, diario ni autobiografía, sino de un cantar.

Concretándonos al *Mío Cid* en nuestro estudio introductorio, encontramos en la primera fase de la campaña que el *Poema* abarca ese *fraccionamiento* en fondo de la hueste que reflejan todos los cantares

(25) CAPITÁN JUAN ANTONIO LIAÑO: *Guerrillas y guerrilleros*, capítulo VI. En revista «Reconquista», diciembre 1962.

de la época. Según la acción que se emprenda por razón de su objeto y profundidad, será mayor la *avanzada* o la *zaga*. En Castejón la vanguardia va en *algara* con 200 caballeros y los 100 de la zaga quedan en *celada* con el Cid. En todos los casos, la delantera es elegida nominalmente, con todo cuidado, por el propio caudillo.

Después el *despliegue* se complica en razón de la maniobra.

La *vida de campaña* tiene también su expresión peculiar. En los alrededores de Valencia se manifiesta con toda intensidad la *guerra nocturna*, moruna y moderna también en la actual táctica. *Guerra de guerrillas e incursiones*, de algaras y correrías: «En tierra de moros, prendiendo y ganando, durmiendo los días y las noches trasnochando, en ganar aquellas villas Mio Cid tardó tres años». Guerrillas *combinadas con el cerco* como en la más moderna de las tácticas, que muestran en el Campeador algo más que un simple guerrillero.

La *seguridad* corre a cargo de vigías, que de día se llaman *atalayas* y por la noche *escuchas*: «Violo el atalaya y tañó la esquila», dice el cantar. Los de los moros cumplen la misma misión con el nombre de *arrobdas*, porque también su hueste se llama la *almo-falla*.

Se cuida el *secreto* por todos los medios. El Cid mandó echar del castillo de Alcocer a todos los moros y moras que viven a su cobijo y en Valencia avisa que mientras él falte «no se abran las puertas del Alcázar ni ninguno salga de él». Todo esto está recogido casi textualmente más de cien años después en las leyes de las Partidas.

Hay un dato curioso de *fortificación*. Siempre que el Cid se va a establecer definitivamente, acampa en un otero. Junto a Monreal igual que en la defensa de Alcocer: Unos frente a la sierra, otros frente al Jalón. Hacen cárcavas en derredor del otero, muy cerca del agua, para evitar sorpresas de día y de noche y para que sepan los moros su decisión de permanecer allí. Tan minuciosa explicación es textual del *Cantar*, pues no hemos hecho sino prosificar el poema 27 tal y como lo describe el autor. Este dato, unido a otros de conocimientos más concretos y minuciosos en lo relativo a guarnición y campamento que en lo decididamente ofensivo y campal, nos asegura en nuestra idea de que fuese hombre de los servicios cidianos el poeta del *Mio Cid*.

Con esto, hemos señalado los puntos más salientes en la táctica general cidiana, ateniéndonos a su organización y principios. La visión resulta así una síntesis estática. Vale la pena examinar con ma-

yor detenimiento las etapas de su evolución en lo que al combate y maniobra se refiere, con recorrido somero a través del *Cantar*.

LAS BATALLAS EN EL CANTAR

La celada de Castejón

Anduvieron de noche para que no les olfatee nadie. «Donde dicen Castejón, el que está sobre el Henares, *Mío Cid* se echa en celada y así pasa toda la noche». Cuando a la mañana salen los moros y moras al campo, cerca rápidamente el pueblo y avanza hacia la puerta sin apenas defensa, gracias a la sorpresa. Mientras tanto Alvar Fáñez con 203, corre en algará por el Henares arriba y por Guadalajara (26).

El ardid de Alcocer

Rodrigo finje levantar el campo como si fuera huyendo en derrota, llevan a rastras las tiendas dejando una sola montada. Los moros, creyendo que abandona el cerco «por faltarle el agua y la cebada», le persiguen confiadamente dejando abiertas las puertas de la plaza. Cuando el Cid los ha alejado suficientemente, vuelve contra ellos, y en cuanto huyen a refugiarse en sus casas, les cierran el paso los que quedaron ocultos en celada, dentro de la tienda, que con grandes alaridos y espada en mano se interponen a la puerta del castillo (27).

(26) Castejón de Henares es un pueblo situado tres kilómetros a la izquierda de este río, en la provincia de Guadalajara.

Hoy se llama también Castejón de Arriba. Está al pie de una cuesta circunvalada por cerros elevados y ásperos en la parte Este, Sur y Oeste, lo que facilita la celada en que el Cid acechó su presa. Tuvo castillo, lo mismo que Castejón de Abajo, que hoy es el despoblado de La Cantera (véase apéndice XI).

(27) Población desconocida hoy, que debió estar situada entre Ateca y Calatayud. Menéndez Pidal lo sitúa junto a la confluencia del arroyo Andiga con el río Jalón.

Como dice el poema, comprendía algunas casas de moros y era fortaleza que dominaba no sólo los pueblos de Ateca y Terrer —a siete kilómetros uno de otro— entre los cuales estaba, sino hasta Calatayud. Huntington visitó el lugar tratando de localizar este punto y estudiar la estrategia del texto, tan rica en pormenores, pero encontró varios lugares junto a Ateca y a lo largo del río que convienen más o menos con la descripción del *Cantar* (véase apéndice XII).

Pero luego les cercan en Alcocer. Entonces es cuando el Cid, ante lo apurado de la situación, reúne Consejo de Campaña. El *Cantar* le hace reiterar las consultas: «Mío Cid con los suyos tornóse a acordar: Oidme mesnadas. Decidme caballeros, cómo os place hacer». Como Fernán González, escucha atentamente las opiniones, pero la decisión es sólo suya. Deciden salir todos al campo dejando sólo dos peones de centinela a la puerta. Desde allí se divisan los vigías enemigos. Son muchos y revelan una gran hueste. Los del Cid salen al campo.

En los versos del *Cantar* el avance de los moros se produce lentamente, si nos atenemos a la letra: «Las haces de los moros ya se mueven adelante». El Cid manda esperar quietas a sus mesnadas mientras él no ordene el avance. Pero el abanderado no puede aguantar y espolea el caballo diciendo: «Voy a meter vuestra seña en aquella mayor haz, los que tenéis el deber veré cómo la socorréis.» El Cid aún quiere detenerle: «¡No sea, por caridad!», pero Vermudoz prosigue su galopada gritando que no queda otro remedio. Los moros, codiciosos de la enseña, le acometen y rodean. El Cid da la orden: «¡Valedle, por caridad!» y «todos hieren en el haz do está Pero Vermudoz». Trescientas lanzas son y sendos moros matan. A la *tornada* que hacen, otros tantos muertos son. Tal es la única cita de la «tornada» o doble carga de la caballería que contiene el *Cantar*. Con ser fundamental y reveladora de una novedad táctica netamente cidiana, el poeta debe considerarla del dominio público cuando escribe, a los seis u ocho años de morir el Cid. (28).

Poco después son ya 1.300 los moros muertos, cargándose un tanto las tintas en esta visión de conjunto, que es la mejor descripción del fragor de un combate que hay en el *Cantar*. Pero la pelea sigue dura: «Firmes están los moros, aún no se van del campo», por eso grita el Cid: «Es menester que los acometamos de nuevo» y mata al rey Fariz —un general musulmán— en descripción que constituye todo un primer plano cinematográfico, como el de Martín Antolínez persiguiendo a Galve hasta Calatayud.

Con ello llega la victoria y el botín y la explotación: «hiriendo en alcance», cuando los moros huyen por todas partes.

Esta batalla de Alcocer, sin apenas importancia real en lo histórico ni en lo estratégico, es la que el poeta trata con mayor exten-

(28) Véase apéndice XIII.

sión y esmero Para ello pone tambores almorávides en el encuentro con moros españoles, antes de la invasión, y la *tornada*, o doble carga de la caballería, cuando no parece que la hubiese inventado aún. Destaca en ella la indisciplina del alférez, para quien el Cid no tiene ni una palabra de reprobación y al que manda socorrer por la importancia y simbolismo de la enseña que lleva.

La defensiva en Tébar

El *Cantar* funde aquí las dos batallas del Cid contra el conde Berenguer de Barcelona. Ofensiva la de Almenar, donde el Conde cae prisionero porque en su desprecio a los castellanos olvida elementales preocupaciones tácticas, defensiva la del Pinar de Tévar, en un juego de emboscadas combinadas con ataque frontal (29). El poeta la vé de esta manera:

Los castellanos, acampados en el Pinar de Tévar son atacados por los catalanes que vienen con moros y cristianos: «entre moros y cristanos, gentes se le allegan grandes». Ellos vienen cuesta abajo y todos traen calzas y las sillas coceras —sin borrenes— y las cinchas aflojadas. Los del Cid, sillas gallegas (30) y botas sobre las calzas. El Cid da la consigna:

Antes que lleguen al llano — presentémosle las lanzas ;
por uno que acometáis — tres sillas irán vacías.

Al pie de la cuesta, cerca del llano, manda atacar el Cid. Así lo hacen, y hiriendo a los unos y derribando a los otros, vencen la batalla.

Este simplismo de cambiar las condiciones del equipo con las del terreno no deja de ser un recurso poético, que qudo tener su reali-

(29) El Pinar de Tévar, olvidado en la toponimia moderna, está situado al sur del Monroyo, unos 32 kilómetros al norte de Morella, jurisdicción del castillo de Moroyo, entre la confluencia de los ríos Monroyo y Tastavins. El puerto, llamado también de Tévar —o Tébar—, será alguno de la sierra de San Marcos o de los montes de Morella, hacia uno de los pueblos vecinos de Herbés o Herbeset.

Hay quien ha querido situarlo en la Pobleta, lugar alejado de allí.

(30) Las sillas gallegas que montaban los del Cid debían de ser con borrenes altos y recogidos, donde se respaldaba el caballero para resistir los botes de lanza. Las de los catalanes —sillas coceras— eran, por el contrario, rasas, sin borrenes en que apoyarse.

dad. Tácticamente hubo algo de más valor y complicación, que concuerda bien con esta visión. Porque el Cid, acampado en el Pinar y apoyado defensivamente en el terreno, se ve dominado por las fuerzas superiores de Berenguer que toman las alturas y cierran los desfiladeros de su campamento sin que Rodrigo se entere. Pero el Cid repite aquí los signos de quererse marchar, como nos decía el poeta que ya hizo en Alcocer; los que ocuparon las alturas descendieron dando voces para precipitar la fuga hasta la entrada, que creían tomada. El Cid ha forzado uno de los desfiladeros y coge de revés el cuartel general del Conde, que con los de la albergada ataca por el valle y resulta vencido y prisionero del Cid con 5.000 de los suyos. Otras fracciones del Conde fueron cayendo en celadas cidianas según subían a ocupar alturas secundarias. No salió el Cid indemne, pues quedó magullado y herido de una caída de caballo. Pero estamos haciendo sólo la introducción, y esta batalla vale la pena estudiarla con más detenimiento y crítica a la luz de las fuentes. Por eso sólo tratamos de ver cómo el *Cantar* destaca la parte más humana, simple y psicológica de la batalla, que no deja de ser el episodio central.

La contraofensiva en el Cuarte

La maniobra se revela claramente en Valencia, también diríamos que está infantilizada, por simplismo táctico del poeta. Lo avanzado del *Cantar* hace que en esta parte tenga amplia mano el segundo poeta —el de Medinaceli— que sigue aferrado a presentar a Alvar Fáñez junto al Cid durante todas las campañas. La maniobra está así prevista en boca de Alvar Fáñez, a quien habitualmente se concede el consejo, la iniciativa y hasta la decisión en cada batalla. Se plantea así: «Dadme 130 caballeros para ir a lidiar. Cuando vos fuéreis a herirlos, entraré yo de la otra parte, y de ambas o de una, Dios nos valdrá».

Ataca el Cid con 3.970 hombres por un lado y Minaya con 130 caballeros por otro. El Cid mata moros sin cuento, la sangre le chorrea por el codo y persigue a Yusuf hasta que el rey moro consigue refugiarse en Cullera. No hay más en el *Poema*, y aún esto sobra, porque históricamente ni existió la batalla: Los cristianos pasan la noche en vigilia religiosa y preparativos militares. Cayó la lluvia torrencialmente, soltaron los del Cid las presas del Mislata, con lo que se des-

De somp. uere exiit sicut uicti
ctrone eius;



I SECUNDUS
 ANGELUS HIC
 DIT FALA
 SUAD IN
 ADARE
 FACTO
 DE ISTI
 GUIS
 STIA

INCIPIT EXPLANATIO SUPRA
 SCRIPTE STORIE

Tercius angelus effudit
 Cam suam in flammam et in

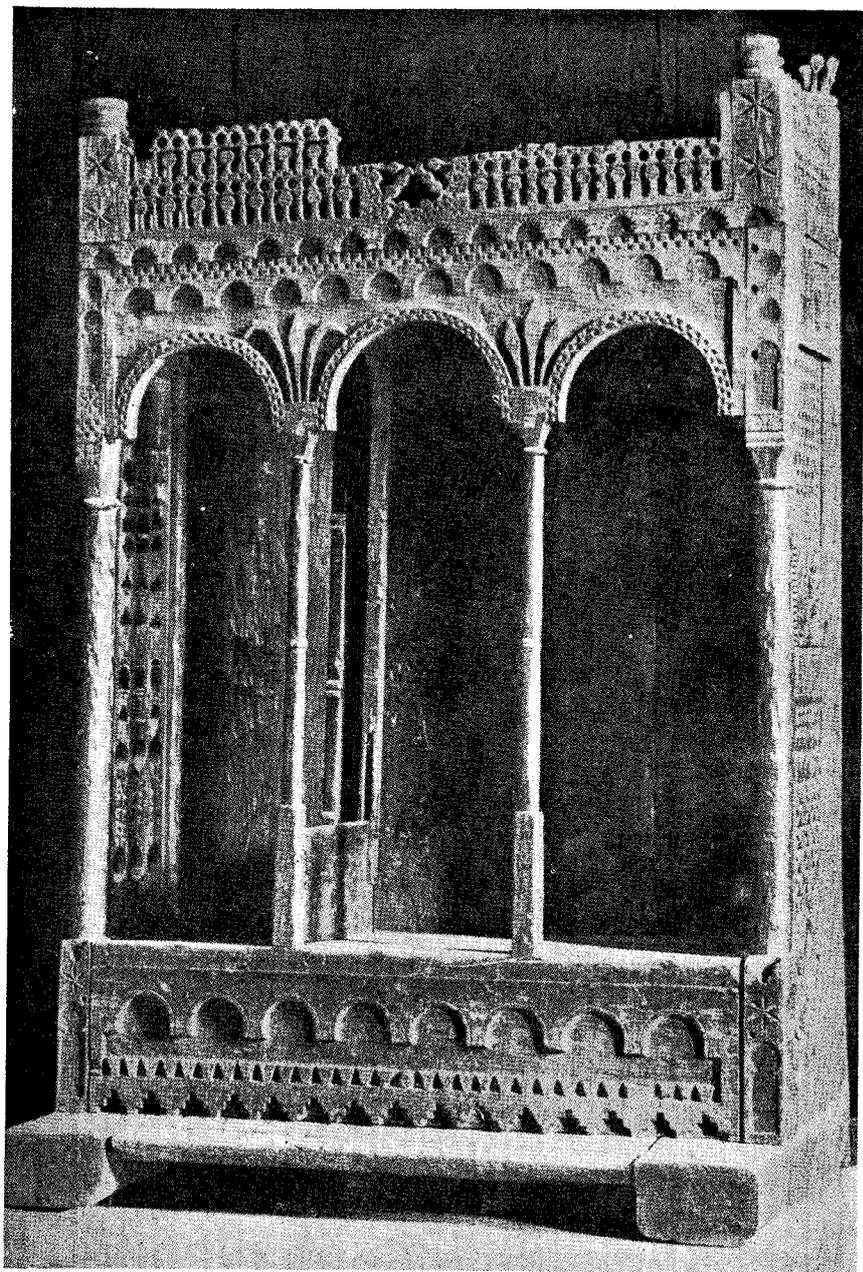
ueris. Tunc uis capite. Act. Duplex
 omnia angeli effuderunt falas, terra
 se homines qd pbat facit.



Omib; em angeli in terra frondere mandati
 est. hoc e impus predicare. quo aliud
 fecisse erenditionem. O misantropi
 contrario intelligende sunt. Plagi

LA BIBLIOTECA EN TIEMPOS DEL CID

Miniatura de los "Comentarios al Apocalipsis del Beato de Liébana", que se conserva en la Catedral de Burgo de Osma (Soria); entre 1028 y 1072.



LAS ARTES INDUSTRIALES EN TIEMPOS DEL CID

Banco de madera, procedente de Tahull, Lérida, que se conserva en el Museo barcelonés de Arte y Arqueología

bordaron las acequias, quedando sólo una pequeña franja de terreno sin inundar, que forzaba a dar en ella una batalla desfavorable para los enemigos, con lo que éstos decidieron retirarse, temiendo ser envueltos por los del Cid, que esperaban en cerrados haces.

Ahora sí que eran los almorávidas y sus tambores. Quizá lo fueron ya aquellos que en Alcocer veían los atalayas: «Todos los días a mío Cid aguardaban moros en las fronteras y *unas gentes extrañas*»...

La verdadera batalla del Cuarte, se describe seguidamente con muy poca precisión militar. Los almorávidas van a cercar Valencia, ya han hincado en los llanos del Cuarte —muy próximos a la capital—, 50.000 tiendas grandes —de las «caudales»—, lo que parece indicar más de 50.000 hombres, si se cuentan los peones, o, por otra parte, que en cada tienda se albergue un combatiente con su familia (31).

Muy simple presenta el poeta éstas batallas, la mayor del Cid, la que revela su genio militar en pleno brillo y madurez. Obsesionado por los primeros planos y las acciones individuales, con visión pobre y anticuada de soldado de fila, o puramente literaria, de gesta, donde lo colectivo no es sino color y fondo para destacar acciones heroicas personales, sólo señala los cuatro personajes que sucesivamente piden el honor de «la delantera», lo que resalta la importancia que a la acción se concede. Se repite la concesión al obispo Don Jerónimo; en gracia a la misa que les ha dicho, y se repite también la acción de Alcocer, donde Pero Bermudo, que ha propuesto dos ataques sucesivos, el suyo y el del Cid, se anticipa, se encuentra en apuro y el Cid acude en socorro suyo con el grueso, profundizando y persiguiendo al Rey Búcar, que aquí es alcanzado por Rodrigo, junto al mar, cuando históricamente sabemos que encontró la salvación en su huída.

La batalla no puede ser más sencilla ni insípida en lo táctico; no hay idea de maniobra ni acción resolutive alguna. Los castellanos victoriosos se lanzan al alcance y sacan a los moros de entre las tiendas, donde muchos por el pánico han quedado enredados entre las cuerdas:

(31) El Cuarte o Cuarto era un extenso llano, situado más de una legua al oeste de Valencia, que se extiende a partir del cuarto miliario de la vía romana iniciada en la puerta de la Culebra. Por su fertilidad era muy propia para sostener la caballería de un gran ejército.

Al noreste de los llanos está Cuart de Poblet, que dista unos nueve kilómetros de Valencia, y al este el pueblo de Mislata.

Por tercera vez destaca el poeta «los tambores van sonando, por maravilla lo habían muchos de aquellos cristianos que nunca lo vieron porque son nuevos llegados.»

El poeta nos ofrece así una batalla del Cuarte fraccionada en dos tiradas o poemas, que van nada menos que del 93 al 116. La fusión de ambas sería un mediano conjunto, pues corresponde la realidad a la descripción de la primera, pero situada en el tiempo de la segunda.

La confusión, debida seguramente al refundidor de Medinaceli, se debe sin duda al recuerdo de aquella primera batalla del Cuarte que quedó en grado de tentativa o frustración más bien, la que tal vez estuviese en el *Cantar* original, un tanto desviada por la misma causa, pero que mostraría un formidable indicio del pavor musulmán ante las formaciones del Cid, extendidas en dos alas, como hemos visto en los cronistas árabes (32).

No alcanza el *Cantar* la Cumbre de Bairén, donde el genio del Cid se mostró más alto en combinación con su osadía, dada la adversa situación en que se encontraba. No apura la visión de ese perfeccionamiento táctico y estratégico a que llegó progresando día a día en su arte militar, pero lo recogido es muestra suficiente para mostrar al Campeador como un verdadero General de Ejército, superior al mejor de su época y muy por encima de un guerrillero de fortuna, por muy respetable que nos lo imaginemos, que también los ha habido en España con grado de General.

Hemos visto tres etapas claramente definidas de la táctica cidiana. La primera es la de primitivas batallas campales en las que la astucia suplía a la fuerza y el número, representadas en el *Cantar* por las de Castejón y Alcocer, pero que en la realidad estuvieron mejor representadas antes en Llantada y Golpejera, guerra contra León, encuentro simple de fuerzas, frontal y brutal, a fecha y lugar previamente convenidos, batallas casi góticas.

En la segunda etapa se presentan como muestra dos batallas contra Berenguer, ofensiva la una en Almenar y defensiva la otra, en el Pinar de Tébar, única que el *Cantar* menciona de las dos. Pero es notable característica que la defensiva nunca es aferrada al terreno, sino dinámica. En Tébar se señala también otra característica cidiana. Rodrigo no acepta batalla donde la plantea el enemigo, sino que

(32) Véase apéndice XIV.

continúa apoyado en el terreno a pesar de las incitaciones de Berenguer para que salga al llano, tachándole de cobarde. Prefiere el Cid la táctica inteligente a la vanidad caballeresca.

La tercera etapa es la de la estrategia y la gran táctica. La elección de líneas de penetración, el jalonamiento de puntos fuertes que aseguren las comunicaciones. Primero el asedio de Valencia, luego la defensa, el ingenio poliorcético, la apertura de esclusas en el Turia por la acequia de Mislata y, finalmente, la salida del Cuarte, al comprender que es imposible la defensa, para dividir al enemigo y perseguir al jefe, es brillante colofón de la campaña, donde se muestran conjuntas las virtudes tácticas del caudillo.

En las primeras etapas toda la acción se fiaba al escalonamiento en profundidad, combinado o no con ardidés y estratagemas. En la tercera brilla la innovación táctica del Cid y está ya clara la manio- bra de alas, por ataque combinado y doble envolvimiento.

En resumen: Una táctica inicial, mitad mora y cristiana, de alga- radas y correrías, a la jineta, con instrucción de ardidés enemigos, tan útil para usarlos como para evitar sufrirlos, se va transformando hasta crear una maniobra de ataque combinado en la que se llega a ad- quirir verdadera maestría y una modalidad de «tornada», la carga de la caballería, de ida y vuelta, que por su rapidez y su sorpresa multiplicaba el número de bajas. Tras ello el gran ejército, con su Estado Mayor y sus servicios, con su organización, su movili- zación y su logística, que van creando escuela, con sus leyes sobre la ocupación, los prisioneros y los desertores.

Pero una introducción forzosamente ha de acabar aquí. Todo análisis posterior exigiría desbordar el Poema y entrar de lleno en desarrollos críticos.

* * *

Hemos preferido limitar esta Introducción a un examen militar del *Cantar de Mio Cid*, y a nadie extrañará que un poema constituya la base del estudio táctico, ya que se trata de la pieza más minuciosa entre todas las fuentes biográficas. Por otra parte, no requiere gran trabajo el deslindar y distinguir en él el filón realista de la ganga poética, pues, en general, es verídico casi todo lo puramente militar que los versos encierran. Los errores suelen ser más bien de altera- ción cronológica o de minucias pintorescas.

Es necesario este examen poemático, pues en cualquier punto de

la organización y la táctica cidianas hubiéramos de acudir a él como pieza de contraste, lo que resultaría más árido y enojoso que este análisis previo, aunque no absoluto ni definitivo.

Han quedado anotados, con bastante probabilidad de acierto, el rasgo militar del autor primitivo, la exactitud de sus datos numéricos, la valoración de efectivos cidianos, el progresivo crecimiento de la hueste y de la dosis de peones, el perfeccionamiento de la táctica, y las líneas generales del arte militar que en el poema se vislumbran.

Las fuentes cristianas y árabes, mucho menos precisas, volcadas luego sobre estos antecedentes, y la documentación extracidiana, nos revelarán en sucesivos trabajos, hasta donde sea posible, la aportación y novedad que las campañas del Cid suponen en el acervo de nuestra Historia Militar.

APENDICES

- I. *Historia Universal Ilustrada, dirigida por el DR. EUGENIO-TH. RIMLI. Editorial Vergara, 1957.* En el tomo II, página 94, dice entre otras cosas: «Figura elevada a la categoría de héroe por algunos, rebajada a la de vulgar bandido por otros, Rodrigo Díaz es simplemente un personaje muy de su época... El Cid comienza entonces su carrera de *guerrillero* con éxitos resonantes, aunque pasajeros, como su fugaz conquista de Valencia, perdida ocho años después. El Cid no sintió en modo alguno el espíritu de cruzada, el móvil de su acción es simplemente el afán de botín... Puso su espada indistintamente al servicio de cristianos y moros, o a su propio servicio, sin idea política alguna, llegando incluso a guerrear con los cristianos. Hechas estas salvedades, hay que reconocer que como guerrillero fue genial y si bien de su obra no quedó nada, supo mantener durante cinco años una especie de marca o pequeño Estado fronterizo en Valencia, que permitió a Cataluña verse libre de las acometidas almorávides».
- II. *Tratado de Heráldica Militar.—Tomo III, 1959, páginas 162 y 163:* «Muchas son las opiniones acerca del nacimiento del Cid. Entre ellas parece la más acertada la de don Manuel

José Quintana. Consumió una gran parte de su vida luchando con príncipes moros, contra adversarios de su misma raza e incluso contra soberanos cristianos. No consideró ignominioso hacer alianza con un enemigo, siempre que tuviera por objeto la destrucción de otro mayor... Pudo proclamarse rey de Valencia y haber puesto en un aprieto la corona de Castilla; absteniéndose de ello, adquirió un mérito grande que basta para borrar las manchas que se notan en su vida».

- III. GENERAL ALMIRANTE.—«*Historia Militar*».—Almirante en sus variadas y breves alusiones da la clave del fenómeno: «Sin detenernos a desembrollar lo que pueda haber de fabuloso en cuanto interviene el Cid»... «La mercenaria Tizona del Cid»... «El aventurero Cid andaba ya en Valencia, en una de sus increíbles y dramáticas expediciones, imposibles de ajustar en esta narración descarnada y militar... Crea un pequeño reino, feudatario en apariencia de Castilla, pero en realidad independiente de moros y cristianos... Es digno de notarse el tino delicado con que la fábula y la leyenda han personificado en la poética figura del Campeador el revuelto caos de nuestra Edad Media, castellana y exclusiva, semifeudal, religiosa, caballeresca, aventurera, libre, inquieta, fuerista, concejil y democrática» (págs. 125 y 126 del tomo I de la obra).
- IV. MARTÍN ARRÚE: *Historia Militar*.—Hace una decente síntesis biográfica, pero no deja de subrayar que el Cid «hace la guerra a los príncipes moros y cristianos sin distinción y según a sus propósitos conviene», insistiendo en que muchas de sus victorias eran con moros contra cristianos.
- V. Para la réplica a todas estas imputaciones y muchas más, basta remitir al lector a *La España del Cid* e incluso a su resumen en un tomito de la «colección Austral» titulado *El Cid Campeador*. Sin embargo, en un ensayo publicado últimamente en Buenos Aires con el título: «El Cid y Gelmírez», de Sánchez, al comparar ambos personajes, se dice en extracto: «Los dos fueron codiciosos de riquezas, de gloria y de poder. Los ganó con la punta de su lanza el infanzón... Para él, para Castilla y para España... El poder y las riquezas del Cid fueron efímeros, como fruto desorbitado de la guerra... Perdióse Valencia

tras la muerte del Cid... Pero la gloria vence a la muerte y a los accidentes de la naturaleza y pervive. La gloria en que colaboraron los héroes y el coro. Los que la alcanzan por sus actos y el pueblo que la otorga... El Cid, acompañado por el amor de labriegos y guerreros y por Castilla toda. Por eso cantaron al Cid los poetas populares... Porque con ser magnífico el poema, es inferior al «milagro de los milagros del Señor» (el Cid en frase de su enemigo Ben Bassam). Sin el Cantar, hubiera seguido el Cid refulgente de gloria y de grandeza, siendo un hito gigantesco en la Historia de España». No he suprimido ni una palabra referente al Cid, los puntos suspensivos sustituyen los términos del paralelo de Gelmírez, que no afectan a nuestro asunto.

VI. Vale la pena hacer un anticipo de los últimos trabajos sobre aspectos militares del Cid, aún con riesgo de importantes omisiones:

ALONSO ALCALDE, Manuel: *El arte de guerrear en el Poema del Cid*. Revista «Apéndice», de la Oficialidad de Complemento, marzo de 1946.

ARANDA MATA, General: *Personalidad Militar del Cid*. Revista «Mío Cid», número extraordinario, 1941.

BARDAJÍ LÚPEZ, Antonio: *Notas sobre la bibliografía del Cid*. Revista «Ejército», enero de 1948.

CAMPOS TURMO, Coronel: *El bautismo de guerra del Cid*. Id., marzo de 1955.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Darío: *Breviario de Mío Cid*. 1942.

GASCÓN, Capitán: *El Cid en la batalla de Gebralcobra*. Id., abril de 1956.

MORENO QUINTANA, Bienvenido: *El Cantar de Mío Cid*. Revista «Apéndice»...

MUÑOZ GUTIÉRREZ, José: *Ruy Díaz, el Cid*. Revista «Ejército», diciembre de 1940.

RUIZ DE AYÚCAR, Angel: *El arte de mandar y de obedecer en el Poema del Cid*. Revista «Apéndice»...

SEMPERE, Sebastián, Teniente: *Las espadas del Cid en la Real Armería*. Tomo de Conferencias del Servicio Histórico Militar de 1947.

VII. Menéndez Pidal, en su reciente obra *En torno al Poema del*

tras la muerte del Cid... Pero la gloria vence a la muerte y a los accidentes de la naturaleza y pervive. La gloria en que colaboraron los héroes y el coro. Los que la alcanzan por sus actos y el pueblo que la otorga... El Cid, acompañado por el amor de labriegos y guerreros y por Castilla toda. Por eso cantaron al Cid los poetas populares... Porque con ser magnífico el poema, es inferior al «milagro de los milagros del Señor» (el Cid en frase de su enemigo Ben Bassam). Sin el Cantar, hubiera seguido el Cid refulgente de gloria y de grandeza, siendo un hito gigantesco en la Historia de España». No he suprimido ni una palabra referente al Cid, los puntos suspensivos sustituyen los términos del paralelo de Gelmírez, que no afectan a nuestro asunto.

- VI. Vale la pena hacer un anticipo de los últimos trabajos sobre aspectos militares del Cid, aún con riesgo de importantes omisiones:

ALONSO ALCALDE, Manuel: *El arte de guerrear en el Poema del Cid*. Revista «Apéndice», de la Oficialidad de Complemento, marzo de 1946.

ARANDA MATA, General: *Personalidad Militar del Cid*. Revista «Mío Cid», número extraordinario, 1941.

BÁRDAJÍ LÚPEZ, Antonio: *Notas sobre la bibliografía del Cid*. Revista «Ejército», enero de 1948.

CAMPOS TURMO, Coronel: *El bautismo de guerra del Cid*. Id., marzo de 1955.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Darío: *Breviario de Mío Cid*. 1942.

GASCÓN, Capitán: *El Cid en la batalla de Gibralfabra*. Id., abril de 1956.

MORENO QUINTANA, Bienvenido: *El Cantar de Mío Cid*. Revista «Apéndice»...

MUÑOZ GUTIÉRREZ, José: *Ruy Díaz, el Cid*. Revista «Ejército», diciembre de 1940.

RUIZ DE AYÚCAR, Angel: *El arte de mandar y de obedecer en el Poema del Cid*. Revista «Apéndice»...

SEMPERE, Sebastián, Teniente: *Las espadas del Cid en la Real Armería*. Tomo de Conferencias del Servicio Histórico Militar de 1947.

- VII. Menéndez Pidal, en su reciente obra *En torno al Poema del*

Cid, se detiene en aspectos militares del Cantar con mayor cuidado que hasta ahora. Extractamos lo siguiente:

«Para la historia de la guerra, el Poema tiene también un valor del que suelen carecer las *chansons* francesas, con ser más militares que el cantar castellano. Los juglares franceses no tienen espíritu de observación para la batalla. El *Girard de Roussillon*, ofrece en la pintura de la guerra más realidad y variedad que la generalidad de las *chansons* —pensamos si será porque la ha vivido de cerca su juglar, como nos hace suponer el del *Cid*—. El *Roland* o el *Aliscans*, no nos dan idea de estrategia alguna —Menéndez Pidal suele llamar estrategia a la táctica— salvo el dividir ambos ejércitos en líneas de combate o «echeles», generalmente formadas por hombres de un mismo país —recordemos lo mismo en el *Poema de Fernán González*—, siempre más numerosas las de los sarracenos que las de los cristianos, las cuales se atacan sucesivamente sin plan alguno. Las largas descripciones de las batallas se reducen al chocar de los campeones unos contra otros o con turbas que caen a centenares bajo los descomunales golpes de los héroes.

En el *Mío Cid*, la guerra ofrece aspectos variados, desde la pequeña correría hasta la batalla campal y el asedio, según el héroe va creciendo en recursos y planes» (págs. 55 y 56).

«En el *Mío Cid* sobresale esa especie de costumbrismo militar, lleno de animación. No se encuentra semejante viveza descriptiva en la gesta de los *Infantes de Lara*, y menos en las *chansons* francesas, donde muchas batallas, más largamente descritas, se reducen a combates singulares que se suceden monótonos uno tras otro» (pág. 211).

VIII. «Desde luego, parece una moda francesa la repetición del indefinido «tanto» en las enumeraciones descriptivas (v. 1783, 1987, 2114), las cuales, además, suelen ir encabezadas por el verbo «veriais», con el que el que el juglar se dirige a sus oyentes y procura sugerirles una viva representación de lo que va a narrar. Estas formas de describir, que se repiten en el *Rodrigo* o *Poema de las Mocedades del Cid*, y en los romances, son muy usados por los poemas franceses. El «allí veriais tanto escudo horadado, tanta loriga rota, tanta

silla de caballo vacía», es un verdadero lugar común de las *chansons*; sirva de ejemplo el Girard de Vienne:

La veissez tante lance brandie...
ce jor y ot meinte selle vuidie,
et mainte targe et perciée et crissie,
el mainte broine rompue et desarcie,
cil destrier fuyent parmi la prairie.

Añade Menéndez Pidal el ejemplo más análogo que halla en el *Roland*:

La veissez si grant dultur de gent,
tant hume mort e naffret e sanglent...
tant bon cheval par le camp vunt fuiant.

En *Destruction de Rome*:

Et tante targe affreinte, tante broigne faussee,
Et tant pie et tant poign, tante teste coupée.

Y por fin en *Florence de Rome*, aparte de otras citas:

La veisiez estor de fraiz renovelé;
la ot tente hanste et tant escu troé,
tant habert desmaillié et tant clavain faucé,
tan cop feru despée desus hiaume gemé.

(*En torno al Poema del Cid*, pág. 25.)

IX. En el folio 7 indicábamos ya que la existencia de un deuteragonista fue gusto literario del siglo XII, que se muestra en la épica castellana y francesa. No lo era seguramente en la versión primitiva del *Mío Cid*, donde Alvar Fáñez de Minaya se apartaría de Rodrigo después de ser su embajador ante el Rey para obsequiarle con trofeos de la batalla de Alcocer (v. 886 y sig.). Así había de ser por razón de la historicidad constante del Poema y la coetaneidad del autor, según da por averiguado Menéndez Pidal, ya que cuando el poeta escribía, aún «hazañeaba» Minaya. Sabría, y no podría falsearlo, que Alvar Fáñez figuraba como primer capitán del Rey Alfonso a principios de 1085, precisamente

a raíz de recibirle como emisario del Cid con el quinto botín de sus últimas batallas por tierras de Lérida, Morella entre otras. Con Alfonso VI participó en la conquista de Toledo y permanece luego en esta corte, donde también figura entonces Pedro Bermudo, como en 1082 figuraba en la de Burgos Alvar Salvadorez.

Es decir, que siendo histórica al parecer la embajada del Cid, sin más variante que el desconocerse la realidad de la batalla de Alcocer, encaja perfectamente en 1085, fecha en que el Rey perdonaría a Minaya ofreciéndole continuar junto a él y no al Cid, y consistiendo que nuevos caballeros partiesen con el Campeador, lo que hace realista el dato de que Minaya presentase al Cid los 200 caballeros que se le incorporan (v. 915), volviéndose después junto al Rey, del que al poco tiempo es embajador en Sevilla y Valencia.

El refundido de Medinaceli juzgaría como descuido lastimoso del primer poeta esta desaparición de Minaya en el relato y decidió subsanarlo dándole el papel de lugarteniente insustituible del Cid y segundo héroe de sus campañas, a base de repetir con cierta monotonía sus intervenciones en celada y algara, sus consejos como Jefe de E. M. y sus embajadas.

En el *Cantar* aparece así tan de continuo junto al Cid, por intención expresa del segundo autor interesado particularmente en realzarle, hasta el punto de que «no se le aparta de su brazo» (v. 1244) y le llama «el mío brazo mejor» (v. 3.063), en tiempos que ya estaba lejos de Rodrigo, y aún en estrofas del autor primitivo intercala en dos ocasiones el mismo verso: «vos sois el mío diestro brazo» (V. 753 y 810). La sensación de su influencia en el Cid es tal por obra de este poeta, que el autor del *Poema de Almería* demuestra en 1150 conocer esta refundición que hoy conservamos, pues no sólo recoge el latiguillo «mío Cid», sino la importancia de Minaya, al decir: «Mío Cid fuit primus, Alvarus atque secundus» y reconoce el deuteragonismo en un verso: *ipsum extollevat, se laude minore ferebat*.

Tal tendencia dramática al deuteragonismo se muestra no sólo en el *Mío Cid*, sino también en la primera gesta francesa *Chasson de Roland*. Ambos poemas crean el segundo héroe no en su versión inicial, sino en un momento

preciso de su evolución, por obra de un refundidor influido por la moda de tan feliz invención literaria.

- X. Menéndez Pidal dice por su cuenta: «Después de la toma de Valencia hay ya con el Cid 3.600 caballeros», siendo así que el Cantar ni siquiera da motivo a suponer que todos lo sean, por el contrario, tratándose de un recuento parece natural que se incluyan caballeros y peones.

Luego supone también que se refiere sólo a caballeros el número final de la hueste: «cuatro mil menos treinta», diciendo que son 3.970 caballeros, pero tampoco hay nada que permita afirmarlo. Es más, el poeta emplea la misma expresión ambigua para contar los moros, que para el ilustre historiador son ahora 50.000 «hombres de armas».

En todo caso, como Menéndez Pidal supone siempre igual número de peones que de caballeros, la hueste total del Cid serían unos 8.000 hombres, ateniéndose a los datos del Poema, sin imaginar que sólo alude a una de dos alas iguales, pues entonces se duplicaría el número, lo que no es nada probable. (Véase *En torno al Poema del Cid*, página 56).

- XI. «En sus primeras guerras, el Cid saquea la frontera de moros. Para ello divide sus gentes en una retaguardia o *zaga*, a sus propias órdenes, y una vanguardia o *algara*, mandada por Alvar Fáñez, la cual se interna por sorpresa en tierra de moros para robar ganados y riquezas.

La *algara*, según los fueros municipales, se debía componer de la mitad del total de los combatientes; pero el Cid se juzga seguro con una *zaga* compuesta sólo de un tercio de su gente y envía los otros dos tercios en la *algara* para que el botín sea mayor; así Alvar Fáñez puede correr y robar con gran fruto 70 kilómetros del valle del Henares, mientras la *zaga* del Cid ganaba por sorpresa el pueblo de Castejón.

La *algara* del Poema es igual a la que describe un autor coetáneo, el de la *Chronica Adefonsi imperatoris*, párrafos 14, 52, 56, 60, enviadas por el Rey, o hechas por el alcaide de Toledo o los caballeros de Avila y Segovia contra los campos de Sevilla y Córdoba (*España Sagrada*, XXI).

Son datos de Menéndez Pidal en la obra citada.

XII. «Otra de las pequeñas conquistas del Cid en los comienzos del destierro, es la toma del castillo de Alcocer, que le lleva quince semanas de combate y no termina sino mediante una *estratagema*» (id., id.).

XIII. «Como consecuencia de las anteriores correrías, el Cid, con sus 600 hombres de armas, tiene que aceptar una batalla campal contra 3.000 moros valencianos y muchos más de la frontera. Los 300 caballeros cristianos cargan sobre una de las haces enemigas, la atraviesan matando 300 moros y dan la carga de *tornada* matando otros tantos. Una «charge en retour» de 333 caballeros, semejante a ésta, fue uno de los hechos de armas de que siempre se alabó Girard de Rousillón.»

La *chanson* de Girard de Rousillón está traducida por Paul Meyer en 1884, y la *tornada* se encuentra en el párrafo 152 (Menéndez Pidal, id.).

XIV. «Otras varias batallas campales describe el Poema. Cuando ya el Cid reúne más de 3.000 caballeros, preceden a la gran batalla pequeños encuentros (v. 1673-1684 y 2344) y se fija de antemano el plan de combate, siendo Alvar Fáñez, como siempre, el que propone la solución aceptada, que suele ser un ataque combinado por las dos alas del ejército enemigo. La batalla se rompe dando las *feridas primeras* un caballero distinguido, el cual suele pedir de antemano al Cid que le conceda el honor de herir los primeros golpes en el enemigo. De estas primeras heridas hablan frecuentemente otros poemas españoles y franceses.»